AILTON KRENAK

FUTURO ANCESTRAL

taurus

AILTON KRENAK

FUTURO ANCESTRAL

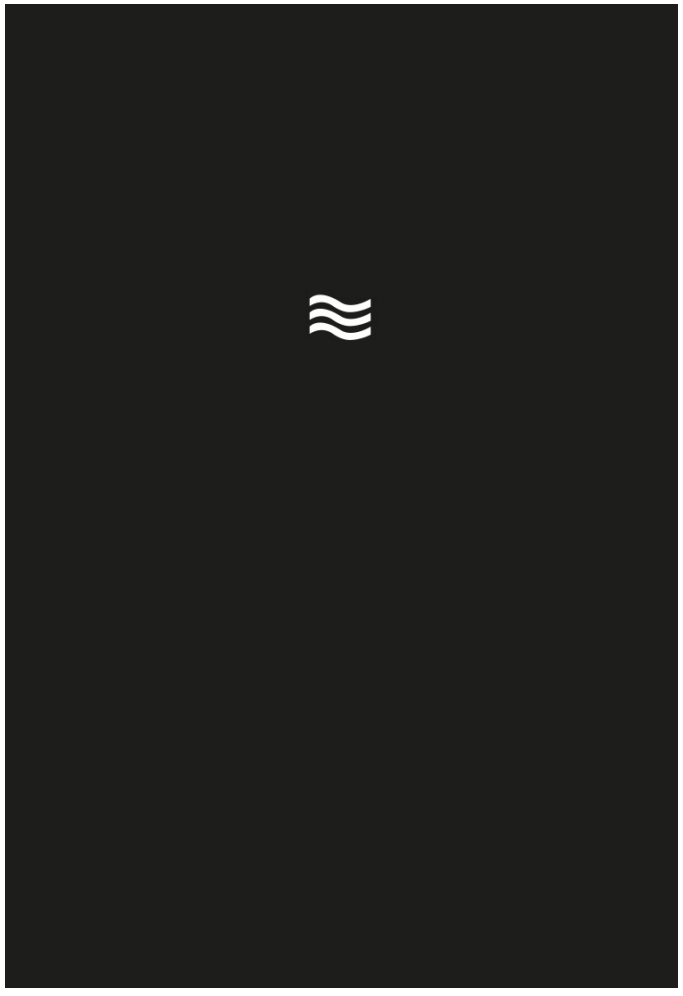
taurus

Investigación y organización
Rita Carelli

Traducción
Teresa Arijón

En esta invocación del tiempo ancestral, veo un grupo de siete u ocho niños remando en una canoa. Los niños remaban a compás, todos posaban el remo con calma y armonía sobre la superficie del agua: estaban ejercitando su infancia en el sentido de aquello que su pueblo, los Yudjá, llama acercarse a la antigüedad. Uno de ellos, apenas un poco mayor que los otros, que verbalizaba la experiencia, anunció: "Nuestros padres dicen que nosotros ya estamos cerca de cómo era antiguamente".

Me pareció tan hermoso que esos niños anhelaran algo que habían enseñado sus antepasados, y también tan bello que lo valoraran en el instante presente. Esos niños que veo en mi memoria no corren detrás de una idea prospectiva del tiempo, ni tampoco de algo que está en otra parte; corren detrás de lo que va a ocurrir exactamente aquí, en este lugar ancestral que es su territorio, dentro de los ríos.



SALUDO A AOS RÍOS

Los ríos, esos seres que siempre habitaron los mundos en diferentes formas, son quienes me sugieren que, si hay un futuro a pensar, ese futuro es ancestral, porque ya estaba aquí. Me gusta pensar que todos aquellos que invocamos como devenir son nuestros compañeros de viaje, aunque inmemoriales, ya que el paso del tiempo acaba por volverse un ruido en nuestra observación sensible del planeta. Pero estamos en la Pacha Mama, que no tiene fronteras, y entonces no importa si estamos arriba o abajo del Río Grande; estamos en todos los lugares, porque en todo están nuestros ancestros, los ríos-montañas, y comparto con ustedes la riqueza incontenible que es vivir esos presentes.

Allí por donde anduve, en Brasil o en otros rincones del mundo, siempre presté más atención a las aguas que a las edificaciones urbanas que asoman sobre ellas —ya que todos nuestros asentamientos humanos, en Europa, en Asia, en África, en todas partes, siempre fueron atraídos por los ríos. El río es un camino dentro de la ciudad, que nos permite desplazarnos, aunque hace ya mucho tiempo las personas decidieron permanecer plantadas en las ciudades. En los salones de clase, los niños y las niñas escuchan que una de las civilizaciones más antiguas del mundo nació en Egipto, en el delta del río Nilo, cuyas aguas irrigaban sus márgenes y propiciaban las condiciones necesarias para la agricultura —esa idea civilizadora. Siempre estuvimos cerca del agua, pero parece que aprendemos muy poco del habla de los ríos. Este ejercicio de oír lo que comunican los cursos de agua me generó una suerte de observación crítica de las ciudades, principalmente las grandes, que se propagan sobre los cuerpos de los ríos de una manera tan irreverente, al extremo de no tener casi ningún respeto por ellos.

Los antiguos de nuestro pueblo sumergían bebés de treinta, cuarenta días de vida en las aguas del Watu mientras recitaban las palabras:

"*Rakandu, nakandu, nakandu, rakandu*". Listo, las criaturas estaban protegidas contra las pestes, contra las enfermedades, contra toda posibilidad de daño. Ese río, nuestro río-abuelo, al que los blancos llaman río Doce y cuyas aguas corren a menos de un kilómetro del jardín de mi casa, canta. En las noches silenciosas oímos su voz y hablamos con nuestro río-música. Nos gusta agradecerle, porque él nos da comida y nos da esa agua maravillosa, porque amplía nuestras visiones de mundo y confiere sentido a nuestra existencia. Por la noche sus aguas corren veloces y rumorosas, su susurro baja por las piedras y va formando rápidos que hacen música y, en ese momento, la piedra y el agua nos convocan de una manera tan maravillosa que nos tornamos capaces de conjugar el nosotros: nosotros-río, nosotros-montaña, nosotros-tierra. Nos sentimos tan profundamente inmersos en esos seres, que nos permitimos salir de nuestros cuerpos, de esa mismidad del antropomorfismo, y experimentar otras formas de existir. Por ejemplo, ser agua y vivir esa increíble potencia del agua para tomar distintos rumbos.

Saludo también al Jequitinhonha y al Mucuri, que junto con el Watu hacen un largo viaje hasta el mar.

Yo tuve, en mi vida, la maravillosa bendición de mojar mis manos y mis pies, de zambullirme, nadar, sentir el sabor y el olor y comer los peces de decenas, tal vez centenas, de igarapés y de ríos. Hace mucho tiempo pude bañarme en el río Madeira. Era la primera vez que entraba en sus aguas, llovía copiosamente y el río estaba bravo —me divertí jugando un poco, pero bien cerca de la orilla para que no me arrastrara la corriente. Nunca me atreví a cruzar ninguno de esos ríos, porque tuve amigos que fueron llevados por las aguas. Hasta los ríos menos caudalosos, sin el porte de un río Branco, poseen una fuerza mágica capaz de arrastrarnos. Es fascinante pensar que el gran río que da nombre a la Cuenca Amazónica nace de un hilito de agua allá en la cordillera de los Andes para luego formar ese mundo acuático. Él lleva consigo muchos otros ríos, pero también lleva el agua que la selva les da a las nubes y la lluvia devuelve a la tierra, en ese ciclo maravilloso en el que las aguas de los ríos son las del cielo, y las aguas del cielo son las del río.

Xingu, Amazonas, río Negro, Solimões.

No me sorprendí cuando comenzaron a hablar de ríos voladores. Los cursos de agua son capaces de recorrer largas distancias, de encontrar nuevos caminos, de sumergirse dentro de la tierra y —¿por qué no?— de volar. En la Sierra del Divisor está el impresionante Moa, una especie de gran río Paraná que desciende hacia el Javari y desemboca en el Solimões, y junto con las aguas que vienen de Colombia también alcanza la Cuenca Amazónica. Un poco más arriba de Cruzeiro do Sul, en el Yuruá medio, se encuentra el territorio de los parientes Ashaninka. Una vez subí con ellos hasta la cabecera del río llevando una canoa a la rastra, porque las aguas estaban muy bajas, y tuve la sorpresa de encontrar allá arriba, en el finalcito de Brasil, un casi igarapé llamado Tejo, y no pude dejar de pensar en Fernando Pessoa, que también le cantó a su río.

Yuruá, Jutaí, Javari —recitan las niñas y los niños en los palafitos.

Nuestros parientes que viven allí, en la frontera de Perú con Colombia, moran en aldeas flotantes, construidas en plataformas sobre las aguas. Son pueblos que necesitan el agua viva, la presencia de los espíritus del agua, la poesía que el agua otorga a la vida. Y por eso los llaman pueblos de las aguas. La mayoría de las personas piensan que sólo se vive en tierra firme y no imaginan que una parte de la humanidad encuentra en las aguas la completud de su existencia, de su cultura, de su economía y su experiencia de pertenecer. En el lago Titicaca hay un pueblo antiquísimo que también vive sobre plataformas, dentro del agua. Allí, en ese espacio, todos nacen y mueren, crían animales pequeños, juegan los niños. Ellos viven en el agua y del agua, esa potencia de vida que viene siendo plasmada por la presencia bulliciosa de los humanos urbanos, que siempre quieren más y, si les parece necesario, construyen Belo Monte, Tucuruí, hacen represas en todo cuanto es cuenca para satisfacer la sed infinita de sus ciudades, esas ciudades que son la casa de quienes ya no saben vivir en las aguas y en las selvas.

Guaporé, Araguaia, São Francisco.

A veces me conmueve más la presencia de esos ríos que la de otros seres como yo, humanos. Esta aldea donde estoy se encuentra en la región este de Minas Gerais, más cerca del mar que de la Meseta Central de Brasil. Aquí me envuelve todo el tiempo el rumor de las

aguas, inclusive el de los ríos subterráneos, lo cual me lleva a pensar en el libro *Los ríos profundos*, del gran escritor peruano José María Arguedas. En ese libro, el espíritu de las aguas atraviesa valles y montañas y lleva historias y maravillas allí por donde pasa. Es fascinante la percepción que tiene Arguedas de ese río que corta los Andes, que se abre camino entre las piedras con gran fuerza, en un descenso avasallante, sin que nadie pueda navegar su cuerpo —porque es un río bravo. Una vez fui a San Petersburgo, hasta la orilla del Niva, y voy a contarles algo: ese río, durante parte del año, se congela hasta tal punto que es posible cruzarlo a caballo. Yo, un sujeto de los trópicos, quedé pasmado con aquello…

¿Se imaginan "montar" el Tapajós, el Madeira, el Tocantins?

Me instiga la posibilidad de que algunos de estos cuerpos de agua sobrevivan a nosotros sin sufrir las humillaciones y fracturas a las que otros fueron sometidos. Porque es necesario decir que estos ríos que ahora invoco están siendo mutilados: el cuerpo de todos y cada uno de ellos ha sido deformado por algún daño, ya sea por el garimpo, por la minería o por la apropiación indebida del paisaje. No deja de ser extraño que existan personas a quienes les parece natural considerar sagrado a un río siempre y cuando esté en la India, e incluso recuerden que se llama Ganges, mientras osan saquear el cuerpo del río que tienen al lado, cuyo nombre desconocen, para alimentar los ciclos de refrigeración industrial y otros absurdos. Hace más de dos mil años, las comunidades humanas ya establecían sus aldeas en las márgenes del Tapajós. Y hoy nuestros parientes Munduruku y Sateré Mawé intentan defender el cuerpo de ese río de los aparatos de infraestructura que el gobierno se obstina en implantar, lo cual se suma al asedio del garimpo y las madereras y otras violencias. He sabido que, en esa misma región, los ribeirinhos tuvieron que suspender las actividades que alimentan a sus familias porque los peces están enfermos, tienen lo que ellos llaman "orina negra". Y entonces comenzaron a pensar en criar peces en azudes, estanques y presas para sustituir la pesca natural que hacían en los igarapés —ese manantial de vida, comida y abundancia que nosotros estamos destruyendo.

En São Paulo, por desgracia, el Tietê fue convertido en cloaca en su

recorrido urbano. No sé cómo una ciudad puede hacer eso: el cuerpo de un río es irremplazable. Pauliceia tapó desenfrenadamente sus cursos de agua, incluso el río Ipiranga, en cuyas márgenes se proclamó la Independencia de Brasil, lo cual sugiere que ni siquiera se aprecia ese recuerdo. Los ríos que aún no han sido asfixiados en las ciudades continúan corriendo en el cerrado, en las selvas, en la Mata Atlántica y en el Pantanal —todos ellos biomas flagelados— y son los primeros cuyos cuerpos padecen, apropiados por la furia que anima las actividades incesantes de ciertos humanos: esa gente que está apestando el planeta sólo percibe los ríos como potencial energético para la construcción de diques y represas o como volumen de agua a utilizar en la agricultura. Y así, Brasil sigue exportando sus aguas a través de los granos y de la mena. Esas personas tratan a los ríos de una manera tan irrespetuosa que dan la impresión de haber sufrido un colapso afectivo en relación con las preciosidades que nos brinda la vida aquí en la Tierra. Otra práctica degradante es transformar las márgenes de un río en pasto. Después de pasar cincuenta años viendo cómo el ganado, las personas y las máquinas pisotean el suelo, el río se cansa. Sí, porque cuando el paisaje se vuelve insoportable, el río migra y fluye en otras direcciones.

Ríos de la memoria, ríos voladores, que se sumergen y transpiran y hacen lluvia.

Durante los siglos XVIII, XIX y XX el río São Francisco fue una guía para las vidas de millones de personas, ya que atraviesa varios estados desde su nacimiento en Minas Gerais hasta que desagua en el litoral de Alagoas. El río Doce, nuestro querido Watu, sigue su curso hacia Espírito Santo. Los dos hacen caminos distintos, mientras uno corre hacia el nordeste el otro se dirige al este de Brasil, pero ambos llegaron al siglo XXI fracturados, perforados, bloqueados por represas y sangrando. Hoy el cuerpo del Watu está lleno de mercurio y de una lista inmensa de venenos provenientes de la minería. Y por eso el río, cansado, se sumergió en sí mismo. Esa materia que baja por el canal no es río sino detrito de una civilización abusiva, eso que el gran jefe Seattle llamó vómito. El agua de verdad, que nace en las montañas, corre ahora bajo una laja de piedra que, según constataron los geólogos, es una formación de granito y otros materiales muy sólidos.

Sobre esa plataforma hay tres capas de suelo, lo cual indica que el río se sumergió hasta lo más hondo. Él continúa avanzando hacia el océano Atlántico, pero ya no quiere exponerse al abuso constante por parte de ese pensamiento absurdo que cree que los cuerpos existen para ser explotados. Se niega a sufrir ese tipo de bullying y, ante la ofensa, desaparece. Entonces las personas se quejan, dicen que se están quedando sin agua y que ya no pueden promover el desarrollo y el progreso. Porque los humanos, con sus economías estúpidas, necesitan mucha agua para sus centrales hidroeléctricas y sus usinas, para sus industrias, para la actividad agropecuaria y el agronegocio —y siempre tienen algo de qué quejarse.

Ríos vivos.

¿Entonces vamos a matar todos los ríos? ¿Vamos a hacer que todos esos seres maravillosos, resilientes y capaces de esculpir piedras se conviertan en un riesgo para la vida y desaparezcan? Hace veinte años se creó en la región amazónica un movimiento llamado "Ríos vivos" con el objetivo de movilizar a las comunidades contra la construcción de represas e hidrovías, y también para discutir los proyectos de transposición de ríos y su adecuación para la navegación comercial, para cuestionar todo eso. Glenn Switkes es un sujeto que nació en los Estados Unidos, a quien conocí en la década de 1980 cuando vino a hacer una película sobre la Amazonía, y que luego dedicó los veinte o treinta años siguientes a conocer nuestros ríos y fortalecer una campaña internacional para mantenerlos vivos. Dicen que la cantidad de agua que hoy existe en la biosfera del planeta Tierra es la misma que existía billones de años atrás, cuando se formaron los ecosistemas terrestres que apreciamos. Frente a este argumento, alguien podría decir: "Entonces, si el agua nunca disminuye... ¿qué problema hay?". Cuando transformamos el agua en aguas servidas ella entra en coma, y puede llevar mucho tiempo para que vuelva a estar viva. Lo que nosotros estamos haciendo al ensuciar las aguas que existen desde hace dos billones de años es acabar con nuestra propia existencia. Las aguas seguirán existiendo en la biosfera y poco a poco se irán regenerando, porque los ríos tienen ese don. Nosotros somos los que tenemos una duración tan efímera que vamos a terminar secos, enemigos del agua, aunque nos hayan enseñado que el 70% de nuestro

cuerpo está formado por agua. Si yo me deshidratara por completo, quedaría medio kilo de hueso aquí. Por eso digo: respetemos el agua y aprendamos su lenguaje. Vamos a escuchar la voz de los ríos, porque los ríos hablan. Seamos agua, en materia y en espíritu, en nuestro movimiento y nuestra capacidad de cambiar de rumbo, pues de lo contrario estaremos perdidos.

CARTOGRAFÍAS PARA DESPUÉS DEL FIN

En retrospectiva, podríamos decir que en el principio era la hoja. Otras narrativas dirán que en el principio era el verbo. Otras crearán paisajes muy diversos, y eso es maravilloso. Entre tantos mundos, me conmueven especialmente las historias que nos acercan a esos seres que son invisibles a los ojos turbios de quienes no logran andar por la Tierra con la alegría que deberíamos imprimirle a cada gesto, a cada respiración. Los antiguos decían que, cuando poníamos un palo en el suelo para hacer nuestros ritos, ese palo marcaba el centro del mundo. Es mágico que el centro del mundo pueda estar en tantos lugares a la vez, pero ¿de qué mundo estamos hablando? Porque cuando decimos mundo pensamos sólo en este, un mundo en incesante disputa instaurada por una gestión que hizo metástasis: el mundo del capitalismo —al que algunos ya llaman capitaloceno.

El desafío que propongo aquí es imaginar cartografías, capas de mundos, donde las narrativas sean tan plurales que no necesitemos entrar en conflicto al evocar diferentes historias de fundación. Es una maravilla que todavía existan esas memorias en las tradiciones de cientos de pueblos, ya sea en las Américas, en África, en Asia… Esas narrativas son presentes que se nos ofrecen continuamente, y son tan hermosas que dan sentido a las experiencias singulares de cada pueblo en los diferentes contextos de experiencia de vida en el planeta. Desde hace un tiempo, aunque mi pensamiento siempre parte del lugar donde estoy, a orillas de este río, cuando disparo mi visión sobre otros lugares de la Tierra, las cartografías soñadas que veo incluyen la imagen fantástica del astronauta que, al contemplar nuestro planeta desde el cielo, exclamó: “¡La Tierra es azul!”. Nuestro planeta es maravilloso y en muchas tradiciones de pueblos amerindios —desde Tierra del Fuego hasta Alaska— es abrazado por una poética permeada de sentido maternal.

Nuestros parientes Guaraní de la Mata Atlántica, de ese borde de

mar al que ellos llaman “nhé ere”, o lugar que produce vida, piensan la región como un paisaje y, al mismo tiempo, como una fuente incesante de vida. Cuando esos queridos parientes compartieron por primera vez conmigo su narrativa de creación del mundo, aprendí que los dos gemelos primordiales tuvieron que curvar la Serra do Mar para hacer un contrafuerte e impedir que el Agua Grande, el mar, avanzara sobre el continente. Me pareció linda esa historia que explica la topografía: la formación de las montañas, de los valles, de los cuerpos de agua del lugar que se habita. El hecho es que los Guaraní, al igual que los Caiçara de la región, están comprimidos en sitios pequeños, reducidos a islas, y desde allí resisten con bravura la especulación inmobiliaria, la ocupación de sus territorios y la violencia que devasta ese lugar que sus espíritus ven, y sus palabras traducen, a través de una cartografía afectiva.

Los parientes Tikmu’un, también conocidos como Maxakali, que están aquí en el Valle del Mucuri, vecinos del río Doce, hablan hermosamente de esa tierra de la que fueron excluidos. A diferencia de otros pueblos nativos de la zona, para quienes el gobierno instituyó alguna que otra reserva, los Maxacali pasaron los siglos XVII, XVIII y XIX sin tener dónde descansar la cabeza. Ahora decidieron ocupar un antiguo territorio de sus narrativas, y ese pueblo es capaz de reconstituir toda la fauna y la flora de ese lugar donde casi no existen más animales ni plantas. En medio de ese desierto de pasto en el que se transformó la región durante el siglo XX, ellos logran ver la selva e invocan el nombre de todos los insectos, los reptiles, los pájaros, los animales ponzoñosos, las plantas y los hongos que allí existían y señalan el lugar que ocupa cada uno en el paisaje. Cualquier estudioso quedaría admirado ante ese inventario y ante la manera en que ellos restituyen a esa tierra la presencia de seres ya extintos: los Maxakali están allí representando todo ese gradiente de vida. En medio de una mentalidad de hacendados, ellos ven un territorio poblado de espíritus y hablan con el mundo invisible. Un pueblo como ese, aun expoliado de todo y sin tener siquiera un pedazo de suelo para pisar, logra recrear un lugar a ser habitado.

Cuando pienso en el movimiento del Watu, percibo su potencia: un cuerpo de agua de superficie que, al sufrir una agresión, tuvo la

capacidad de sumergirse en la tierra, en busca de los mantos freáticos más profundos, y rehacer su trayectoria. Así, el Watu nos enseña a evitar un daño mayor. En este capitaloceno que experimentamos ahora, no quedará ningún lugar en la Tierra que no sea como el cuerpo de ese río asolado por el fango. El fango alcanzará todos los rincones del planeta, así como los polímeros y los microplásticos alcanzan el vientre de cada pez en el océano. ¿Por qué esos animales deben cargar esas sustancias en su estructura tan liviana, tan bella? Un especialista en el tema me dijo que el microplástico viaja por nuestros cuerpos y que ya se lo puede encontrar en los bebés que nacen. Eso me pareció escandaloso, pero nosotros no podemos rendirnos a una narrativa de fin de mundo que nos aterra y ensombrece, porque esa narrativa sólo sirve para hacernos desistir de nuestros sueños, y dentro de nuestros sueños están las memorias de la Tierra y de nuestros ancestros.

Vivimos en un mundo que nos obliga a sumergirnos profundamente en la tierra para poder recrear mundos posibles. Porque en las narrativas de mundo donde sólo actúa lo humano, esa centralidad silencia todas las otras presencias. Quieren silenciar incluso a los encantados, reducir a una mera mímica eso que sería “espiritar” — suprimir la experiencia del cuerpo en comunión con la hoja, con el liquen y con el agua, con el viento y con el fuego, con todo lo que activa nuestra potencia trascendente y suplanta la mediocridad a la que se ha reducido lo humano. Para mí, eso es una ofensa. Los humanos están aceptando la humillante condición de consumir la Tierra. Los orixás, al igual que los ancestros indígenas y de otras tradiciones, instituyeron mundos donde la gente pudiera experimentar la vida, cantar y bailar, pero parece que la voluntad del capital es empobrecer la existencia. El capitalismo quiere un mundo triste y monótono donde todos funcionemos como robots, y nosotros no podemos aceptar eso.

Hay un poeta del pueblo Kuna, de Panamá, que se llama Cebaldo Inawinapi. Actualmente se desempeña como profesor en una universidad en Oporto, en Portugal, pero no ha dejado de visitar la isla de Kunayala, donde vive su pueblo. Cebaldo cuenta que el nacimiento de una niña o un niño Kuna implica identificar ese cuerpo que llega con un árbol: al igual que los Krenak, los Kunak relacionan el ombligo

del recién nacido con una planta. Él dice que todos los bosques de Kunayala están formados por personas, que tienen nombre, porque cada planta coincide con alguien que nació allí. Ese tránsito entre el cuerpo humano y la planta puede darse con un banano o con un árbol que vive doscientos años, eso no importa; lo importante es que el cordón umbilical sea enterrado en el acto de plantar, pues de ese modo niño y planta comparten el mismo espíritu. Cuando João Paulo Barreto habla de la concepción del cuerpo hecho de barro en la tradición del pueblo Tukano, del Alto Río Negro, también está diciendo que no hay frontera alguna entre el cuerpo humano y los otros organismos que existen a su alrededor. Hace ya un tiempo nos convencimos de que somos algo excelente llamado gente, e insistimos en no querer expandirnos hacia los otros organismos que existen más allá de esta sanitaria e higiénica figura humana. Esta configuración del cuerpo, que hoy muchos acatan, no es otra cosa que una institución pobre fabricada por una civilización carente de imaginación.

Cuando hablo de posponer el fin del mundo, no me refiero a este mundo que se desploma. Este tiene un esquema tan violento que lo que yo más querría es que desapareciera hoy mismo, a la medianoche, y que mañana despertásemos en un mundo nuevo. Mientras tanto, efectivamente, apuntamos hacia una transfiguración, deseamos eso que Nêgo Bispo llama *confluencias,* y no esa exorbitante euforia del monocultivo que une a los desquiciados y los pusilánimes que celebran la necropolítica sobre la vida plural de los pueblos de este planeta. Al contrario de lo que hoy se está haciendo, *confluencias* evoca un contexto de mundos diversos que pueden afectarse. Es un término tallado de manera artesanal y local por un hombre quilombola, un brillante pensador marginal en este universo colonial, un crítico siempre tranquilo y bienhumorado de las tendencias políticas.

Por otra parte, desde los últimos cuarenta o cincuenta años la *convergencia* política es un tema candente en América del Sur. Abraza ideas que postulan que el peronismo argentino podría fundirse con una política moderna, que Brasil lograría unir trabajismo con capitalismo y producir una nueva experiencia de gestión política neoliberal capaz de sustituir al colonialismo… Pero Nêgo Bispo rehúye esa gramática cuando afirma que lo que a él le interesa son las *confluencias* y al

mismo tiempo desarrolla una crítica que las articula con las convergencias y las divergencias. Sin negar los acontecimientos políticos ni pretender eludir el sentido histórico de las cosas, dice que no necesitamos subordinarnos a esa lógica y procura animar una perspectiva en la que, si bien no lo explican todo, las confluencias abren posibilidades hacia otros mundos.

Esas aberturas permiten, incluso, que nos neguemos a corear el discurso colonial como si fuera nuestra última oportunidad de conciliación: "Ah, para poder entendernos como nación, todos vamos a hacer de cuenta que no hubo genocidio". ¿Cómo imaginar una historia patria en medio de este cementerio continental? Tenemos que sublevarnos, y las confluencias pueden ayudarnos a hacerlo. Si el colonialismo nos causó un daño casi irreparable, fue al afirmar que todos somos iguales. Ahora tenemos que desmentir eso y evocar los mundos de las cartografías afectivas, en las que el río pueda escapar al daño y la vida a la bala perdida, y la libertad no sea solo una condición de aceptación del sujeto sino una experiencia tan radical que nos haga trascender la idea de finitud. No vamos a dejar de morir ni nada por el estilo. Antes bien, vamos a transfigurarnos. Al fin de cuentas, la metamorfosis es nuestro ambiente, así como es el ambiente de las hojas, de las ramas y de todo lo que existe.

CIUDADES, PANDEMIAS Y OTRAS JERIGONZAS

La experiencia de la pandemia de Covid-19 fue arrasadora. En una oportunidad que tuve de tejer comentarios acerca de esa travesía, alguien me preguntó: “Ailton, ¿el Covid nos enseñó algo?”. Y yo respondí: “¿Por qué piensa que debería enseñarnos algo? La pandemia no vino para enseñar nada, sino para devastar nuestras vidas. Si usted cree que alguien que viene a matarlo va a enseñarle algo... en el mejor de los casos le enseñará a correr o a esconderse”. Que me perdonen los blancos, pero no sé de dónde viene esa mentalidad que inculca que el sufrimiento enseña algo. Si el sufrimiento enseñara, los pueblos de la diáspora, que pasaron por la tragedia inenarrable de la esclavitud, serían premiados en el siglo XXI. Yo no tengo ninguna simpatía por esa idea, no quiero aprender nada a costa de sufrimiento.

Además pienso que nuestro hospedaje psicológico en el ambiente virtual, que se ha intensificado tanto en este período, no debe ser saludable. Cuando comenzó la pandemia yo alertaba a las personas, les decía: “No olviden que esto es virtual, es una pantalla, nosotros no estamos conversando directamente unos con otros, cara a cara”. Porque creo que, entre nuestra acción en ese ambiente y su resultado, puede haber una brecha de malentendido y hasta de confusión. Yo he percibido que me estoy exponiendo demasiado, que he abusado de esa tecnología, y he observado que puede inducirnos a una gran ilusión de resultado, de eficacia. Uno se dedica a ese ambiente durante muchas horas seguidas y piensa que está moviendo algo, pero en verdad podemos permanecer allí la vida entera y no mover nada.

En un futuro no muy lejano, todos vamos a transformarnos en espectadores.

Ya no tendremos necesidad de hacer nada: nos conectaremos al despertar, como los trabajadores que marcan tarjeta, y nos desconectaremos a la hora de dormir. ¡Y podremos consumir todo lo que queramos, durante la vida entera, porque el capitalismo nos dará

todo! La profesora Conceição Evaristo dijo algo genial: “A la gente le parece más fácil acabar con el mundo que acabar con el capitalismo”. Es verdad, aceptamos sin chistar la idea de que el capitalismo nunca va a terminar; al contrario: va a llenarnos de cosas y más cosas, y vamos a tener tanta comida, tanta bebida, tanto de todo, que no va a faltar nada. Y así seguimos, enclaustrados en las metrópolis, dejándonos llevar por esa idea absurda.

Históricamente, la ciudad se opone a ese lugar que llamamos selva o bosque, al punto de que todo el imaginario infantil se basa en vestir una caperuza roja y ser amenazado por un lobo, o un lobizón, o una peste, un animal cualquiera que pega un salto desde dentro del bosque o de la selva con la intención de comernos. Incluso una de las narrativas acerca del Covid-19 sugiere que el virus comenzó porque existía la selva:

> *Unos tipos que frecuentaban un mercado en Wuhan fueron a la selva a buscar leña, encontraron una lechuza y le pisaron la cola, capturaron un pangolín salvaje y le pusieron de nombre mala cara y lo llevaron a convivir con animales domesticados en la feria. Ahí el virus que estaba en el animal salvaje pasó al animal limpito, que a su vez se lo pasó a la gente, y así se propagó por el planeta en una jugada táctica china.*

Es una narrativa maliciosa, pero tuvo un gran efecto.

Estos comentarios aparentemente aleatorios que voy tejiendo acerca de la pandemia, del origen del virus, del agujero en la muralla de la ciudad son temas sobre los cuales he reflexionado intensamente durante este período, porque yo también estuve preso. Cumplí con empeño las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud: procuré evitar el contagio, tomé las vacunas y no salí de mi aldea. E inicié una revisión sobre la naturalización del acto de subir a un automóvil para ir a cualquier lado, de tomar un avión para ir a la otra punta del mundo. Porque, así como podemos naturalizar la vida en una pantalla y fundirnos con la experiencia virtual, desde finales del siglo xx también naturalizamos el uso de un montón de máquinas como si fuesen prótesis de nuestro cuerpo. Eduardo Viveiros de Castro tiene un texto llamado “Os involuntários da Pátria” [Los involuntarios

de la patria]. Y yo propongo ampliar ese enunciado y digo que todos nosotros nos estamos convirtiendo en involuntarios de un mundo que naturalizó mil armatostes como extensiones nuestras. El así llamado progreso nos comanda y nosotros seguimos en piloto automático, devorando con furia el planeta.

La ciudad se ha convertido en la caja negra de la civilización. El cuerpo de la Tierra ya no tolera más ciudades, al menos no aquellas que se configuran como una continuidad de las polis del mundo antiguo, con personas protegidas por murallas y el resto del lado de afuera —que pueden ser tanto animales salvajes como indígenas, quilombolas, ribeirinhos, beiradeiros. Además, las metrópolis son un chupadero de energía. Todavía hay quienes tienen el descaro de afirmar que Brasil está a la vanguardia en la producción de energía limpia. Yo no sé qué historia es esa, pero sé que si alguien coloca un filtro de sangre en las hidroeléctricas de Tucuruí, Balbina, Belo Monte, Santo Antônio y Jirau, el filtro se tapa.

José Mujica, expresidente de Uruguay, dice que estamos reemplazando la idea de ciudadano por la experiencia del consumidor, y que gracias a eso el mundo pasa a ser habitado por clientes... algunos de ellos preferenciales. Para completar el circo, hay un montón de gente que quiere vivir eternamente: personas que mueren de miedo a morir. La mariposa muere, el pájaro que viene volando se golpea la cabeza contra el vidrio y muere, la abeja se reproduce y muere, el banano crece y da bananas y muere… Nosotros somos los únicos pesados del planeta que queremos prevalecer a toda costa sobre la faz de la Tierra y, por supuesto, no ingresar bajo ningún concepto en la lista de especies en extinción. Hay una frase interesante atribuida a Einstein: “La vida en la Tierra comenzó sin los humanos y puede terminar sin nosotros”. Ese *puede* es un cuidado que tuvo él, de no detonar la bomba de una vez para siempre. Yo soy más arrogante y digo que la vida comenzó sin los humanos y va a terminar sin nosotros. No somos los dueños de la llave ni tampoco seremos los últimos en irnos. Además, creo que antes nos van a echar: por incompetencia, incumplimiento, abuso y todo tipo de prevaricación en que incurrimos para favorecer la idea de prolongar nuestra propia vida.

La ciudad, en sí misma, es una tentativa de hacerlo ad aeternum. Tal vez sea por eso que llamaron a Roma "la ciudad eterna". Ese título es muy bonito, pero ¿qué será lo que esconde detrás? ¿No será justamente ese deseo insistente de los humanos de querer perpetuarse en el planeta? Roma fue un imperio muy duradero y fundó buena parte de los elementos que constituyen nuestro repertorio urbano, que se fue calibrando en este largo período de prepotencia humana. Los romanos resolvieron gobernar el mundo por decreto, a partir de la voluntad de un tipo llamado César, a quien le dieron plenos poderes: mataba, degollaba, quemaba, arrasaba con todo y después se arreglaba con Dios, que era su jefe. Vaya a saber qué Dios era ese, pero lo fundamental aquí es que nosotros comenzamos a imitar ese modelo y propagamos las ciudades por el mundo entero.

La urbanización en Brasil es tardía. En las décadas de 1960 y 1970 todavía se hacían campañas para que la gente abandonara el campo y se instalara en los centros urbanos, cosa que provocó un gran éxodo rural. Muchas personas abandonaron las zonas rurales, dejando el área liberada para el agronegocio, y fueron a pasar hambre en las ciudades. Según Viveiros de Castro, Brasil se especializó en la producción de pobres. Nuestra tecnología para producir pobreza es más o menos así: agarramos al que pesca y recolecta frutos nativos, lo arrancamos de su territorio y lo arrojamos en la periferia de las ciudades, donde nunca más podrá atrapar un pez para comer porque el río que pasa por su barrio está podrido. Si sacamos a un Yanomami de la selva donde tiene agua, alimento y autonomía y lo ponemos en Boa Vista, eso es producción de pobreza. Si expulsamos a los pobladores de la Volta Grande do Xingu para hacer una hidroeléctrica y los mandamos a un suburbio de Altamira, los estamos convirtiendo en pobres.

El capitalismo necesita una plataforma, y esa plataforma es urbana. Basta ver cómo las ciudades donde están las Bolsas de Valores, Nueva York y Tokio entre ellas, son anclas de ese sistema. Además, el urbanismo instituyó un modo de vida al que ya muchos llaman necrocapitalismo; pero la ontología del sujeto que nació en la ciudad, que tiene pensamiento urbano, es tan potente que termina por influir sobre las culturas de todo el mundo. Así, a partir de los gestos y la colaboración de cada uno —desde el niño que nace consumidor hasta

el anciano que muere enchufado a un aparato tecnológico porque no tiene el coraje de morir en su casa— la urbe poco a poco se instituye como el único destino posible de los humanos.

La imagen que tengo de la ciudad se relaciona con Superman luchando contra Lex Luthor, cuando debido a la criptonita, cuanto más se debate Superman, más se fortalece el villano. Ciudad para mí es Mariana, Ouro Preto, hasta Dubai. Pienso en Itanhaém, con ese fuerte que es un convento jesuita y que reunía personas tanto para rezar como para disparar, porque en lo alto de esos muros había cañones. Entonces, la ciudad es un dispositivo para promover la religión y un cierto modo de pensamiento, pero también está provista de armas para expandir su dominio. Si tuviéramos que culpar a alguien por las ciudades actuales, ¿contra quién apuntaríamos los cañones de Itanhaém? ¿Contra los ingenieros, arquitectos y urbanistas? ¿Contra las empresas inversoras, los especuladores inmobiliarios y los contratistas? ¿Contra los concejales, con sus enmiendas y sus remiendos? ¿Qué dicta la cara de la ciudad?

La arquitectura moderna amplió aquella máxima que decía que la civilización necesita cemento y hierro. Ese pensamiento se relaciona con el mundo en términos de consumo de materiales no renovables — usó hierro, se acabó; usó cemento, se acabó. Si hacemos un proyecto que requiere cemento, piedra, hierro, vidrio y otro montón de cosas, eso es lo mismo que usar combustible fósil. Yo no conozco ninguna montaña que vuelva a producir piedra una vez que ese material fue extraído de su cuerpo. Si devoramos las montañas y engullimos el subsuelo de la Tierra para levantar ciudades, lo que en realidad estamos haciendo, como diría Drummond, es animar la máquina del mundo.

Pero sólo estamos mirando la secuencia europea de esta historia. No debemos perder de vista las ciudades que produjeron África, China o India. ¿Cómo ven las ciudades las culturas asiáticas? ¿De la misma forma que las occidentales? Tengo la impresión de que tienen otra gramática para tratarlas. Además, los occidentales se quejan de la promiscuidad y de la urbanización india, donde los animales se mezclan con las personas en las calles, en el río Ganges, y lanzan críticas mordaces contra los indios como si existiera una sola manera

de vivir: el modelo occidental. Esas epistemes, producidas a partir de un lugar específico desde donde se piensa el mundo, son las que determinan la idea de lo que es sucio por oposición a lo que es limpio.

La cultura sanitarista, que supuestamente lo regula todo, entra en escena con la siguiente lógica: sanear es urbanizar, urbanizar es sanear. Lo cual me lleva a pensar en un grupo de jóvenes vinculados a las ciencias de la salud que produjeron un trabajo curioso sobre la pandemia. Allí dicen que ese acontecimiento ha fortalecido el autoritarismo, porque autorizó a los gobiernos a aumentar todavía más el control que ya ejercían sobre nuestras vidas. Esto me llevó a imaginar que el planeta entero se convertirá en una suerte de hospital general y que la policía, en vez de cazar terroristas, perseguirá a quienes no estén bien higienizados. La policía mirará debajo de las uñas y, si encuentra suciedad, matará al tipo. Llegaremos a una distopía en la que todo aquello que no es ciudad, aquello que no es higiénico, aquello que no es limpito será borrado del mapa.

En esa tesitura, la selva, los bosques, los ecosistemas vivos, con su capacidad obvia de producir vida y también virus, se transformarán en lugares que habrá que cercar para evitar que contaminen las ciudades. Entonces, la situación es esta: la muralla que nació para proteger a algunos humanos ahora sirve para aislar a la selva. ¿Lo que estoy diciendo parece absurdo? Pues ya tuve una visión de eso en 1993, cuando me llevaron a Milán junto con Davi Yanomami y Cipassé Xavante después de la Eco-92 —en la época en que Brasil les parecía el lugar más interesante del mundo a quienes pensaban sobre ecología en Europa. En esa ocasión, una señora muy rica, heredera de empresas vinculadas al transporte, contrató a un asesor y le dijo: “Descubra algunos indios interesantes en América Latina y los Estados Unidos, junte unos cuantos y tráigamelos”. Además de nosotros tres, estaban Alce Negro, un anciano increíble, Sioux Lakota, de los Estados Unidos, y un pajé del pueblo Kog, de allá de Sierra Nevada, en Colombia.

En el palacio de esa señora había un jardín interno con una protección de vidrio, como los que se usaban para guardar víboras en el Instituto Butantan, y allí dentro tenía un árbol. Yo me quedé mirando aquel árbol triste, que tenía todo el aspecto de una jabuticabeira y que la gente de la casa ni sabía decirme cuál era.

Entonces pregunté: “¿Ustedes le han hecho un monumento al árbol desconocido?”. Creo que vamos hacia una situación tan absurda como la del palacio de los millonarios italianos, tratando a estos seres-árboles que existen desde mucho antes que nosotros con un desprecio y un abuso tan escandalosos que vamos a acabar con las últimas selvas y bosques del planeta sin siquiera prestarles atención, sin saber cómo se llaman.

Este es un elemento esencial para un pensamiento que me ha provocado: “¿Cómo podría incidir la idea de que la vida es salvaje sobre la producción del pensamiento urbanístico actual?” Es un llamado a la rebelión desde el punto de vista epistemológico, de colaborar con la producción de vida. Cuando digo que la vida es salvaje, apunto hacia una potencia de existir cuya poética ha sido olvidada, dejada de lado por las escuelas que forman a los profesionales que perpetúan la lógica de que la civilización es urbana y todo lo que está fuera de las ciudades es bárbaro, primitivo... y por lo tanto la gente puede abrir fuego y disparar.

¿Cómo atravesar las murallas de las ciudades? ¿Qué posibles implicaciones podrían existir entre las comunidades humanas que viven en la selvas y aquellas que están enclaustradas en las metrópolis? Porque, si logramos que sigan existiendo selvas en el mundo, dentro de esas selvas van a existir comunidades. Yo vi un número que publicó el World Wide Fund for Nature (WWF) en un informe, donde decía que 1.4 billones de personas en el mundo dependen de la selva, en el sentido de tener una economía vinculada con la selva. No son los tipos de las madereras, no; es una economía que supone que los humanos que viven en la selva la necesitan para vivir.

La antropóloga Lux Vidal escribió un trabajo muy importante sobre viviendas indígenas, donde relacionaba los materiales y conceptos que organizan la idea de un hábitat equilibrado con el entorno, con la tierra, con el Sol, la Luna y las estrellas, un hábitat integrado al cosmos, diferente de ese implante en el que se han transformado las ciudades. Ahí yo me pregunto: ¿cómo hacer existir la selva en nosotros, en nuestras casas, en nuestros jardines? Podemos provocar el surgimiento de una experiencia de *florestanía* comenzando por

cuestionar ese orden urbano sanitario, diciendo: yo voy a dejar que mi jardín se llene de mato, quiero estudiar su gramática. ¿Como encuentro en medio del mato un ipê, una peroba rosa, un jacarandá? ¿Y si tuviera un buritizeiro en el jardín?

Tenemos que parar con esa furia de meter asfalto y cemento en todo. Nuestros ríos y arroyos están sin respirar porque la mentalidad de catacumba, agravada por la política del marco sanitario, cree que debe colocar una placa de concreto encima de cualquier arroyito que aparezca, como si fuera una vergüenza tener agua corriendo allí. La sinuosidad del cuerpo de los ríos es insoportable para la mente recta, concreta y erecta de los planificadores de lo urbano. Hoy, en la mayoría de los casos, el planeamiento urbano va contra el paisaje. ¿Cómo reconvertir el tejido urbano industrial en tejido urbano natural, trayendo la naturaleza al centro y transformando las ciudades por dentro?

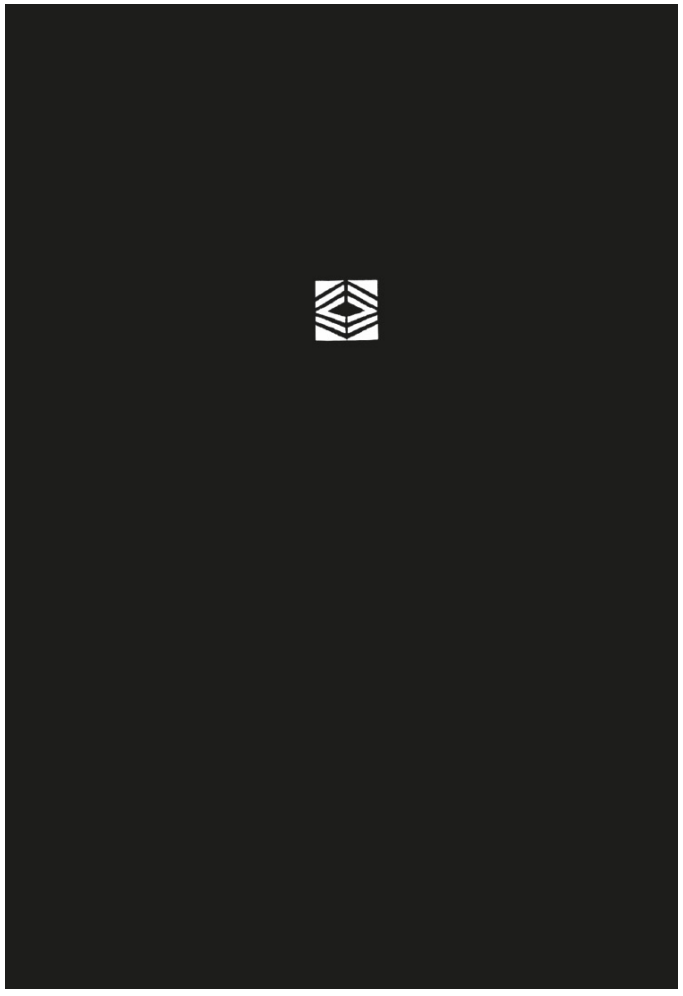
Me invitaron a dialogar con un proyecto de Bia Lessa que utiliza tecnologías de realidad virtual. Ella fue al Largo do Paissandu a mirar ese edificio que se incendió, un edificio ocupado por personas sin techo. (Además, cabe mencionar que sólo una ciudad puede producir un acontecimiento tan macabro como ese, con un montón de gente dentro de un edificio en llamas.) Bia se interesó por esa ruina y aceleró la distopía, puso zombis adentro y llevó la cosa hasta un punto absurdo, después entró a transformarlo con numerosos colaboradores y recursos de arquitectura, ingeniería, urbanismo, reciclaje, ambientalismo y ecología. Puso en escena a Glauber Rocha y los personajes de *Terra em transe* y produjo una utopía dentro de aquel estrago. Yo propuse destapar los arroyos. Entonces, mediante la experiencia virtual, arrancamos el piso del Paissandu (ese núcleo bandeirante en el centro mismo de Pauliceia, lo cual es muy simbólico) e hicimos que el arroyo que allí desemboca se convirtiera en cascada. Hicimos surgir mata atlántica y animales en el Largo do Paissandu. Convocamos a Hélio Oiticica, con sus parangolés y sus penetrables, y arrancamos las paredes de los edificios. Vaciamos los esqueletos de hierro y concreto y la materia física de la ciudad fue atravesada por el viento, la lluvia, el sol y la selva —porque la vida reclama esa fruición

Cuando fue secretaria de Cultura de São Paulo, Marilena Chaui organizó un debate sobre lo público y lo privado en el espacio urbano, y en esa ocasión quedó muy claro que la ciudad moderna no tolera lo común. Al contrario, lo hostiliza. Se habló mucho de lo que debería ser público, de los espacios donde la gente podría moverse y circular pero donde, cada vez con mayor frecuencia, aparecía un cajero electrónico en medio del camino. El debate era hasta qué punto se nos permitiría ocupar el espacio público mientras la prefectura tuviera permiso para imponer tasas y cobrar por esos usos. ¿Qué clase de "común" es ese, que todo el tiempo es invadido por algún sujeto que puede apropiárselo?

Ocurre que el término no es una una abstracción: está hecho de cuerpos que caminan, respiran, comen e imaginan. Y si esos cuerpos no tienen lugar en la ciudad, entonces la ciudad no es el lugar de lo común. El padre Julio Lancellotti destruyó a mazazos las piedras colocadas [por la prefectura] bajo un viaducto en São Paulo para que las personas [en situación de calle] no pudieran acostarse. La ciudad puede haber sido la casa de lo común en sus orígenes preindustriales, pero hoy actúa como una máquina contra lo común. Tal vez ese edificio ocupado por personas sin techo en el Largo do Paissandu fue una experiencia de lo común dentro de la ciudad, pero nadie lo quería allí y todos lo veían como un estorbo, tanto que se prendió fuego y no se reparó nada después del incendio. Que lo común se mande a mudar a otro sitio.

La ciudad fue invadida por la industria y la producción, y transformó la lógica de la vida colectiva en vida privada. Es precioso observar que los registros sobre los mayas y aztecas hablan de una cultura con mucho urbanismo, pero en un sentido expandido. No evocan la ciudad propiamente dicha, sino un modo de ser y de pertenecer a una dinámica colectiva. En este sentido, los Xinguanos también tienen mucho urbanismo en sus ciudades-jardín. Cuando Davi Kopenawa narra las alianzas entre los humanos y los xapiri, los espíritus de la selva, está hablando de lo mismo. Tenemos que reforestar nuestro imaginario y así, quizás, podremos reaproximarnos a una poética del urbanismo que devuelva la potencia de la vida, en vez de seguir imitando a los griegos y los romanos. Vamos a levantar

un bosque, vamos a levantar jardines suspendidos de urbanismo donde exista más deseo, más alegría, más vida y más placer, en vez de lajas enormes tapando arroyos y riachos. Al fin de cuentas, la vida es salvaje y también eclosiona en las ciudades.



ALIANZAS AFECTIVAS

La palabra ciudadanía es muy conocida: está prevista en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en varias Constituciones. Forma parte de ese repertorio, digamos, blanco. En cambio, el enunciado de florestanía nació en un contexto regional, en un momento muy activo de la lucha social de los pueblos que viven en la selva. Cuando Chico Mendes, los seringueiros y los indígenas comenzaron a ponerse de acuerdo, percibieron que lo que ellos ambicionaban no era la ciudadanía, sino un nuevo campo de reivindicación de derechos (al fin de cuentas, los derechos no son algo preexistente, nacen de la disposición de una comunidad para entender que algo debería ser considerado un derecho, pero aún no lo es). Hacia fines de la década de 1970, antes del final de la dictadura, el gobierno brasileño deseaba fragmentar las grandes extensiones de selva al sur del Amazonas y en Acre, cerca de las fronteras con Bolivia y Perú. El modo clásico de hacerlo era abrir carreteras y llevar colonos. Pero, con la intención de privatizar el área de manera discreta y eficiente, inspirado por Jarbas Passarinho y sus secuaces, el personal del INCRA [Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria] salió a ofrecer lotes a las personas que ya estaban allí. Sin embargo, cuando llegaron para trazar las líneas de colonización, los que estaban del lado de Chico Mendes se levantaron, porque estaban en modo florestanía. Y, al igual que Gandhi y sus seguidores, organizaron una resistencia pacífica contra la actuación del Estado. Mujeres, niños, hombres, personas de todas las edades se interpusieron entre los árboles y las motosierras, obstruyeron los caminos para los que iban a hacer demarcaciones e impidieron que el dedo urbano —ya fuera de geógrafos, topógrafos o sismólogos—planificara obras dentro de la selva. No querían estacas ni lotes, querían la fluidez del río, el continuo de la mata.

Los indígenas vivían en reservas colectivas y los seringueiros, en su mayoría nordestinos que migraron a la Selva Amazónica a finales del

siglo XIX, percibieron esa diferencia. Después de cuatro, cinco, seis generaciones dentro de la selva, los seringueiros querían vivir como los indígenas. Hubo allí un contagio positivo del pensamiento, de la cultura, una reflexión sobre lo común que llevó a los seringueiros que crearon las reservas extractivistas a equiparar el estatus de estas unidades de conservación de uso directo con el de las tierras indígenas. Pero nosotros sabemos que la propiedad colectiva no existe en Brasil —incluso las tierras que habitan los indígenas pertenecen a la União. El cáncer del capitalismo sólo admite la propiedad privada y es incompatible con cualquier otra perspectiva de uso colectivo de la tierra. En nuestra voluntad de constituir una florestanía, no queríamos ni siquiera tener CPF, pero la instauración de un nuevo derecho presupone la movilización de un enorme aparato compuesto por registros, documentos, certificaciones, escribanías… Y lo que movió el encuentro de esos pueblos fue entender que entre ellos había patrones: latifundistas que reclamaban la posesión de vastas regiones de selva, los seringales, donde tanto los indígenas como los no indígenas eran sometidos a condiciones de trabajo esclavo. Una constelación de pueblos como los Kaxinawá, los Ashaninka, los Huni Kuin y tantos otros vivían oprimidos por esa situación favorecida por el capital en la cual un patrón, que ni siquiera estaba presente (podía estar en São Paulo, en Londres, en cualquier lugar del mundo), explotaba la Selva Amazónica y a su gente por control remoto. Cuando nos sublevamos para eliminar la figura del patrón, por fin pudimos asociarnos. La Aliança dos Povos da Floresta nació de la búsqueda de igualdad en esa experiencia política.

Sucede que la palabra política viene de polis, y cuando los seres que no son de la polis piensan, ellos pueden imaginar otros mundos que no son política o que, al menos, no son la política vigente. El lenguaje es muy determinante en las interacciones, y todo lo que viene de la polis trae la marca de un ayuntamiento de iguales, donde la experiencia política se pretende convergente. Eso me ha suscitado una observación: siempre se reivindica la polis como el mundo de la cultura, mientras que aquello que quedó marcado como naturaleza es el mundo salvaje. Es ese otro mundo el que me interesa, no la convergencia que deviene en polis. Imagino potencias que confluyen a

partir de un lugar, que pasan por ese lugar, pero no quedan presas allí. Pienso que los zapatistas también quieren la florestanía, pero su gesto de reivindicarla fue entendido como una rebelión, y ellos fueron tratados como enemigos y brutalmente reprimidos. Terminaron por verse obligados a usar la máscara zapatista y, en cierto modo, a asumir el lugar limitado que configuró aquel gesto de rebelión. Todo el que sea zapatista tiene que vivir en la Selva Lacandona, porque el zapatismo sólo existe en Chiapas. Acabaron presos en una trampa que va contra el propio pensamiento insurgente. Florestanía no puede ser una franquicia; si queremos provocar un cuestionamiento profundo, que tenga la potencia de una insurrección, no podemos quedar prisioneros de los movimientos que nosotros mismos creamos. Por eso, en un momento dado, empecé a preguntarme hasta dónde llegaríamos con la Aliança dos Povos da Floresta: ¿acaso nos convertiríamos en un sindicato, en un partido? Las alianzas políticas, incluso aquellas que admiten la existencia de la diversidad, nos obligan a una igualdad que termina por ser opresora.

Esa experiencia duró más de veinte años de enorme dedicación. Hasta que comencé a cuestionar esa búsqueda permanente de confirmación de la igualdad y por primera vez recurrí al concepto de alianzas afectivas, que presupone afectos entre mundos no iguales. Este movimiento no reclama igualdad, al contrario, reconoce una alteridad intrínseca en cada persona, en cada ser, introduce una desigualdad radical que nos obliga a hacer una pausa antes de entrar: hay que sacarse las ojotas, no se puede entrar calzado. Así escapé de las parábolas del sindicato y del partido (cuando un pacto comienza a cobrar tributo, ya perdió sentido) y fui a experimentar la danza de las alianzas afectivas, que me envuelve en una constelación de personas y seres en la cual yo desaparezco: ya no necesito ser una entidad política, puedo ser sólo una persona dentro de un flujo capaz de producir afectos y sentidos. Sólo así es posible conjugar el *mundizar*, ese verbo que expresa la potencia de experimentar otros mundos, que se abre a otras cosmovisiones y logra imaginar *pluriversos*. Esos términos, empleados por Alberto Acosta y otros pensadores andinos, evocan la posibilidad de que los mundos se afecten, de experimentar el encuentro con la montaña, no como una abstracción, sino como una

dinámica de afectos en la cual la montaña no sólo es sujeto, sino que también puede tener la iniciativa de abordar a quien sea. Ese otro nosotros posible desconcierta la centralidad del humano, y al fin de cuentas todas las existencias no pueden definirse a partir del enunciado del antropocentrismo que todo lo marca, denomina, categoriza y dispone —inclusive a los otros, parecidos, que también son considerados casi humanos.

Ese deseo de mundo siempre estuvo presente en la humanidad, e incluso caracterizó a toda la colonización de los continentes. Sucede que, cuando viene asociado a una lógica occidental, conlleva la idea de cultura en oposición a la idea de naturaleza. Las tentativas de diálogo de que tuvimos noticia, de cuando los reyes católicos y el papa, allá por 1400, 1500, después de acabar con el último sultanato en la península ibérica y salir en busca de nuevos cuerpos para colonizar, muestran claramente cómo cada uno hablaba desde un lugar que era imposible de reconocer para el otro. Tomemos como ejemplo las palabras atribuidas al jefe Seattle, dirigidas a un representante armado del gobierno de Washington:

> *Ya lo sé, usted llegó aquí y se adueñó de todo, probablemente su Dios lo constituyó ahora como el nuevo dueño y usted tendrá dominio sobre todas estas cosas, pero enséñeles a sus hijos a pisar con suavidad la tierra,enséñeles a amar esa brisa que viene de la montaña y a reconocer el vuelo del águila, porque si ustedes no aprenden eso, un día van a despertar encharcados en su propio vómito.*

Eso es, exactamente, lo que produjo el pensamiento colonial. El antropoceno está acumulando tanta basura, tanto estrago, que ha enfermado al mundo. Por eso, aunque logré escapar de la política que se hace en la polis, he acompañado con entusiasmo lo que está ocurriendo en Chile y que continúa el debate que ya se viene desarrollando en otros países andinos, desde Ecuador y pasando por Bolivia. Allí están discutiendo la refundación de la nación a partir de un Estado plurinacional, y Elisa Loncon, una mujer Mapuche, es la presidenta electa de la Asamblea Constituyente: nada menos que en Chile, un país históricamente tan autoritario y tan refractario a

cualquier tipo de mundialización.

Pero es necesario estar atentos y fuertes. El sentido común imagina que la democracia es algo que uno viste, como si fuera una ropa, y sale caminando: no lo es. En el propio Chile, cuando Salvador Allende era presidente, bombardearon el palacio de gobierno. En los Estados Unidos, que son la democracia más grande del mundo, un policía le clava la rodilla en el cuello a un hombre negro y lo asfixia hasta matarlo mientras el país exporta democracia al Líbano, a Irak, a Irán, a Afganistán. Porque allí la democracia se derrama: tienen para dar y vender. Entonces creo que tenemos que dejar de usar las expresiones de esa manera tan laxa, tan descuidada. Los poetas dicen que la democracia es una utopía, que es algo que se busca, no algo que se consume. La democracia es un desafío que una sociedad determinada ejerce como experiencia cotidiana. Así como la idea de libertad, de integridad de un pueblo, la democracia debe ser construida constantemente, no tiene el don de instalarse y está sometida a todo tipo de ataque.

Mientras tanto, en el Brasil de los años 2020, ocurre un sorprendente proceso de negación identitaria. Los propios símbolos de nación que impuso el colonialismo, como la bandera nacional (que en cualquier republiqueta simboliza un baluarte de identidad), fueron apropiados por un grupo de personas tan autoritarias que impiden que otros los compartan. Se trata de un club que tiene un especial aprecio por las armas, una serie de prejuicios y toda clase de fundamentalismos. ¿Esa privatización de los símbolos patrios sería un nuevo escándalo capitalista? Una buena manera de confrontarlos es cuestionar la verdad colonial: “Mi patria, mi lengua”. Caetano Veloso tiene una canción que dice: “La lengua es mi patria / Y yo no tengo patria, tengo matria / Y quiero fratria”. Entonces, como el quechua es una lengua continental, ¡viva la Pacha Mama y abajo los nacionalismos! *Estamos cambiando, hay que cambiar el mundo*, aunque ese cambio también pase por las experiencias limitadas de la democracia.

Es esencial que refundemos nuestro país y concibamos, aquí también, la idea de un Estado plurinacional porque este, nuestro viejo Estado colonial, tiene un ADN de pirata, de bandeirante: existe para

devorar a los otros. Me sorprende ver que la mayor parte de los líderes políticos, no sólo de Brasil sino de gran parte del planeta, están tan alienados que no se dan cuenta de que si no nos abrimos a esa matriz cultural amplia, sólo vamos a profundizar el desastre en el que estamos metidos —inclusive desde el punto de vista ambiental. La idea de estos Estados nacionales es muy limitada, muy pobre, y nosotros tenemos que ser capaces de atravesar todo eso y confluir. ¿Tal vez la presencia de los pueblos indígenas en la construcción del nuevo constitucionalismo de América Latina, a partir de los Andes, ofrezca otras perspectivas sobre aquello que llamamos país y nación? Porque los pueblos originarios tienen otras contribuciones que hacer al debate, tanto sobre la polis como sobre las ideas de naturaleza, ecología y cultura. Si somos capaces de abrirnos a toda esa riqueza, la actividad política será una dimensión más de la existencia y no una ocupación predadora, como lo ha sido para muchos políticos del siglo XXI, el siglo del neoliberalismo, cuya invención sólo ha servido para someter cuerpos y construir servidumbre. Escapar de esa servidumbre también es abrirse a la idea de ocupar, inclusive el espacio de la política y del Estado, y yo espero que podamos ayudar a oxigenar al máximo esos ambientes, así como lo hacen nuestros ríos, que generosamente comparten su potencia y confluyen. Yo espero que podamos aprender a no quedar presos de ninguna represa. Por eso, sin olvidar a los queridos zapatistas, que siempre han inspirado debates importantes en América Latina, antes de gritar "¡Viva Zapata!", yo grito "*Abya Yala!",* que es como nuestros hermanos saludan en quechua a la tierra y el cielo.

EL CORAZÓN AL RITMO DE LA TIERRA

Al pensar en la relación entre educación y futuro, me topo con una ambigüedad. En conversaciones con educadores de diferentes culturas —no sólo de los pueblos originarios, sino aquellos que trabajan con otros abordajes de la infancia— he percibido que, ya en el primer período de la vida, se pone en marcha todo un aparato de recursos pedagógicos para moldear a las personas. Esto me hace pensar en antiguas prácticas usadas por diferentes pueblos de este continente americano para constituir sus colectivos. Son prácticas vinculadas a la *producción* de la persona —lo cual es muy diferente de moldear a alguien—, prácticas que entienden que todos tenemos una transcendencia y que, cuando llegamos al mundo, ya somos: y el *ser* es la esencia de todo. Las otras habilidades que podemos adquirir, como poseer cosas, tener una profesión, gobernar el mundo, son capas que vamos agregando a la perspectiva de un ser que ya existe. Este antiguo concepto es muy confortable, porque no entra en conflicto con la experiencia de existir.

Los Guaraní hacen un bautismo, el *nhemongaraí*, que ocurre en su Año Nuevo, cerca del día 25 de enero. En ese ritual, el pajé canta y ahuma a las niñas y niños recién nacidos, que están en el regazo de sus madres dentro de la *opy*, la casa ceremonial. El pajé sopla y sopla y los mira para ver quiénes son esos seres que llegaron. Una vez realizados los cantos, se acerca a los parientes y pregunta el nombre de los niños y las niñas. Y sólo entonces pasan a ser nombrados. Ese hermoso ritual conlleva el mensaje de que ya llegamos aquí como seres hechos. Expresa mucho respeto decir: este ser ya existe, no necesita una forma, es él o ella quien nos informa quién es que ha llegado al mundo.

Cuando actuamos en el sentido de incidir sobre el diseño original de un ser, sea este humano o no, y lo formateamos para que tenga alguna utilidad, estamos ejerciendo violencia sobre el recorrido que él ya está habilitado para recorrer aquí en la Tierra. Hay una cantiga que me

gusta mucho repetir, que dice así:

Cantando, danzando,
Caminando sobre el fuego,
Seguimos en un continuo
El rastro de los ancestros.

Esta invocación de la ancestralidad es educativa. Trae una imagen poética basada en un rito muy antiguo de consagración del fuego, en el cual las personas, una vez consumida la leña, caminaban descalzas sobre las brasas sin quemarse los pies. Parecía un acto de magia, un efecto de ilusión, pero no lo era. Jóvenes, ancianos, mujeres y hombres podían llegar al otro lado sin quemarse. Si la persona iniciada en el rito tuviera miedo durante el trayecto, sin duda se quemaría los pies y saldría corriendo. Vamos a imaginar esta parábola como algo que heredamos y que, por consiguiente, no nos da miedo, al contrario, es reconfortante. Esta es una imagen muy instructiva para comenzar a pensar en la educación y en el futuro.

Para empezar, el futuro no existe: nosotros sólo lo imaginamos. Decir que algo ocurrirá en el futuro no exige nada de nosotros, porque el futuro es una ilusión. Entonces podemos poner todo allí, como en un juego de dados. Lamentablemente, desde la modernidad, nos incitaron a insertarnos en el mundo de una manera competitiva. Y esa competitividad, estimulada durante siglos, terminó por formar un mundo de jugadores. Si el futuro resulta bien... "¡Bingo!". Pero lo cierto es que estamos viviendo, cada vez más, la proyección de futuros muy improbables, aunque sigamos prefiriendo esa mentira al presente.

Al enfocarmos en ese futuro prospectivo, terminamos por construir justamente aquello que Chimamanda Ngozi nos recomienda evitar: un mundo con una narrativa única. El riesgo de proyectar un futuro así es muy grande, pues viene acompañado de ansiedad, furia y una tremenda aceleración del tiempo. Mirar siempre hacia el futuro, y no hacia lo que nos rodea, está directamente asociado con el sufrimiento mental que atormenta a tanta gente, incluso a los jóvenes. Es una experiencia que penetra por todos los poros y repercute en nuestro estado emocional. Y el vasto ecosistema del planeta Tierra también

está sufriendo el estrés de esa aceleración.

No obstante, esa aceleración es real. Muchos científicos se dedican a observar la manera en que las niñas y los niños experimentan la infancia. Algunos estudios muestran que, en los últimos treinta, cuarenta años, ese período se acortó. En vez de vivir la infancia como un lugar descansado, las niñas y los niños caen en ella como sobre una chapa caliente y se ven obligados a responder las preguntas de un mundo en erosión. Cuando escuchamos a un adulto que vivió su infancia en la década de 1990, casi siempre habla de su niñez como de un período extremadamente apretado, estrecho. Y si una persona que tiene treinta años dice eso ahora, si no tenemos cuidado, la próxima generación verá suprimida de plano la experiencia de la infancia como ese lugar fantástico —de seres que aún están aterrizando en la Tierra— y se meterá de cabeza en un mundo en disputa.

Para la antroposofía, el primer septenio de vida es un período en el que todavía somos medio ángeles, medio humanos, no del todo afirmados en la Tierra. Antiguamente, los pueblos tradicionales decían que el niño o la niña de cero a siete años era más suceptible a morir porque su alma aún no estaba bien fijada y podía despegar de aquí como un pájaro. Según esas culturas, durante ese período no deberíamos sufrir ningún tipo de moldeado. Pienso en las palabras "molde", "forma", "formar", "formatear", etcétera, y pienso que es una violencia muy grande aplicar esos conceptos a personas que están en el primer momento de la vida, cuando aún son seres inventivos y llenos de subjetividad. Esos espíritus, que podrían traer mucha novedad a la Tierra, se empiezan a podar desde el comienzo. En vez de *producir* un futuro, nosotros deberíamos recibir esa inventiva que nos llega a través de las nuevas personas. Las niñas y los niños son portadores de buenas nuevas en todas las culturas. En vez de pensarlos como embalajes vacíos a los que es necesario llenar de información, al extremo de atascarlos, deberíamos tomar en cuenta que allí emerge una creatividad y una subjetividad capaces de inventar otros mundos —lo cual es mucho más interesante que inventar futuros.

Esos primeros años de existencia trazan una cartografía del mundo y ofrecen una especie de mapa para la experiencia adulta. Entonces, si en ese período no reconocemos los caminos, después andaremos por el

mundo como si fuera un lugar extraño —no sólo desde el punto de vista geográfico y climático, sino también desde la perspectiva de un lugar a compartir con otros seres. Tenemos que repensar nuestra sociabilidad más allá de los seres humanos, nuestra sociabilidad tiene que incluir a las abejas, los tatúes, las ballenas, los delfines. Mis grandes maestros de vida son una constelación de seres —humanos y no humanos.

Cuando yo tenía ocho o nueve años de edad, estaba en el huerto, un lugar que me gusta mucho, y allá estaba también una bonita yegua salvaje que le habían regalado a mi hermano. Ella comía maíz mientras yo limpiaba el huerto con un rastrillo. Mientras la yegua roía las mazorcas, pasé el rastrillo cerca y sin querer la asusté. Ella me dio una patada bien dada, en la boca del estómago, y me hizo volar unos tres metros. Yo no podía respirar, pero me recuperé enseguida. Y allí, de una manera totalmente atemporal, como si fuese un rayo, aprendí una lección sobre los límites y al mismo tiempo comprendí que nosotros podemos actuar en el mundo. Fue una revelación que me llegó como un mantra: "Sí, nosotros podemos mucho, pero no todo". Una enseñanza recibida en fricción con la naturaleza.

Esa libertad que tuve en la infancia, de vivir en conexión con todo aquello que percibimos como naturaleza, me permitió entender que yo también soy parte de la naturaleza. Entonces, el primer regalo que me dio esa libertad fue poder confundirme con la naturaleza en un sentido amplio, entender que yo soy una extensión de todo y tener esa experiencia del sujeto colectivo. Se trata de sentir la vida en los otros seres, en un árbol, en una montaña, en un pez, en un pájaro, e involucrarse con eso. La presencia de los otros seres no sólo se suma al paisaje del lugar que habito, además modifica el mundo. Esa potencia de percibirnos como seres que pertenecen a un todo y pueden modificar el mundo podría ser una buena idea de educación. No para un tiempo y un lugar imaginarios, sino para este punto en el que estamos ahora.

Independientemente de donde hayamos nacido —una chacra, una aldea, una comunidad, una ciudad— todos estamos instalados en un organismo mayor que es la Tierra. Por eso decimos que somos hijos de la tierra. Esa Madre constituye la primera capa, el útero de la

experiencia de la conciencia, que no es práctica ni utilitaria. No se trata de un manual de vida, sino de una relación indisociable con el origen, con la memoria de la creación del mundo y con las historias más reconfortantes que cada cultura es capaz de producir —a las que cierta literatura llama mitos. Las mitologías están vivas. Continúan existiendo siempre que una comunidad insiste en habitar ese lugar poético de vivir una experiencia de afecto hacia la vida, a contramano de otras narrativas duras del mundo. Tal vez esto no tenga un significado muy práctico a la hora de competir con otros en un mundo en disputa, pero tiene todo el sentido cuando se trata de valorar la vida como un don.

No hay nada más importante que la vida. Estamos pasando una experiencia colectiva de aprensión frente a las crisis y las pandemias, pero la constitución de mentalidades sensibles también implica resiliencia, la capacidad de esos seres para continuar creando un mundo menos susceptible al terrorismo psicológico que golpea la vida contemporánea. Las familias occidentales en contexto urbano sobrevaloran el sistema de educación. Son adultos que adhieren a ese formato, en el cual insertan en el mundo a las personas que van llegando. Antes de poder elegir la experiencia de involucrarse en el mundo en un sentido colectivo, ya son abordadas por la visión que los adultos tienen del mundo. Un joven o una joven de veinte años ya tiene un mundo formateado adentro, y cuando pone un niño o una niña en ese mundo, actúa de acuerdo con su aspiración de perfección, con esa idea de formar un sujeto campeón. Desde muy temprano comenzamos a sugerirles a los niños y las niñas que necesitan alcanzar un nivel de excelencia y ocupar lugares destacados, ya que en la cima del podio sólo cabe uno. Sin embargo, ese podio es una mentira, porque no existe ningún lugar en el mundo donde sólo cabe uno, siempre caben todos.

En conflicto con esa mentalidad, por todas partes vemos jóvenes que se sienten expulsados del mundo. Deberíamos prestar más atención a la campaña de Greta Thunberg en Europa, que incita a los jóvenes a sublevarse contra el mundo adulto y les dice que no vayan a clase esa semana porque, al fin de cuentas, la escuela no es tan importante. Deberíamos observar bien ese gesto, escuchar la voz de esa niña que

todavía no desistió del mundo y que es capaz de proponer otra narrativa para el mundo, puesto que es necesario cuestionar la que tuvimos hasta ahora. La elección de otro mundo puede hacerse aquí y ahora y la harán los niños, no los adultos. La generación de Greta literalmente acusa a los adultos de ser ladrones de futuro. ¿Acaso existe una acusación más terrible que esa? La educación no tiene nada que ver con el futuro: el futuro es imaginario y la educación es una experiencia que tiene que ser real.

A partir de aquí vamos a pensar que, cuando hablamos de educación, ya no la asociamos al futuro sino al aquí y ahora. En Tibet y en otros pueblos de Oriente la meditación y la observación de la mente son recursos educativos. Al Dalai Lama le garantizaron una vasta libertad de experiencias cuando era niño para que se constituyera en un ser pleno. Después tuvo que huir de su país, las cosas cambiaron, pero su infancia formó su ser. Estoy dando un ejemplo que conoce todo el mundo, pero millares de niños de la generación del Dalai Lama y de generaciones anteriores fueron estimulados y protegidos de esa manera, para que pudieran vivir la experiencia de la infancia como el fundamento de la vida. Y tuvieron la dicha de estar insertos en culturas donde eso es una práctica colectiva.

Esa no es la práctica vigente en Occidente, muy por el contrario. La educación que conocemos siempre tuvo el objetivo de formatear a las personas. Ya lo sugiere el salón de clase al reunir un grupo de niños de una misma franja etaria abordados por un adulto, que es el maestro. Eso ilustra de manera muy clara la intervención externa sobre cada uno. Las niñas y los niños pierden su autonomía y se sienten compelidos a alinearse con un propósito formateador del pensamiento. ¿Y si nosotros proponemos que los niños y las niñas empiecen a tener tiempo para ellos, que la experiencia educativa se convierta en una protección de ese período, para que cada persona se autoforme en vez de ser formateada?

Para promover y facilitar una experiencia que incluya menos moldes y más invención, primero necesitamos hacer una revolución desde la perspectiva de la educación formal en las prácticas establecidas y en las decisiones que toman las familias. Si tomamos una muestra de

doscientas familias y les decimos: "¿Ustedes aceptarían liberar a su hijo o su hija de cualquier tipo de formateo/formación en los próximos cinco, seis años, y apoyarían una experiencia lúdica con el agua, con el río, con la tierra, con el fuego, con todo, para que él o ella sea un elemento de transición global, de cambio de mentalidad en el mundo?"... es probable que unas veinte acepten.

Lo cierto es que a los niños y niñas de siete, ocho años de edad ya los empiezan a entrenar para ignorar el medio ambiente. Los aíslan en un salón de clase para alfabetizarlos y les inculcan, desde muy temprano, la idea de una vida sanitaria. (Lo cual es muy contradictorio, porque muchos niños y niñas de comunidades urbanas no tienen acceso al saneamiento básico, y sin embargo poco a poco les enseñan a tener asco de la tierra.) Lo que llamo educación sanitaria es muy anterior a las normas que impuso la pandemia de Covid-19. Es la formación, a lo largo de varias décadas, de una mentalidad que le inculca al niño que no debe meter las manos en la tierra para no ensuciarlas. Que si arranca una papa del suelo, no debe llevarla dentro de la casa porque está sucia. (Lo ideal es agarrar una papa lavada y envasada en el supermercado.) ¿Cuándo fue que la tierra se convirtió en suciedad? Hace tiempo que veo ese bombardeo sanitario sobre la cabeza de los niños y las niñas y no veo que ningún educador lo cuestione. Para mí, eso está directamente vinculado con esa forma de ver el mundo como un depósito y es el núcleo de la crisis ambiental que hoy enfrentamos.

Me referí a la meditación porque ella permite que la persona se sitúe en el presente. ¿Tal vez habría que implementar esa práctica en todas las escuelas? Puesto no será fácil sacar a los niños del ambiente escolar y enviarlos a la naturaleza para que vivan una experiencia de fricción con la tierra, al menos podríamos dejar que contemplen sus propios pensamientos —que con certeza son luminosos y llegaron al mundo colmados de maravillas— sin bombardearlos con argumentos. Los niños y las niñas podrán vincularse con esos bellos pensamientos de una manera creativa y positiva y serán los portadores de la ancestralidad aquí en la Tierra. Y ese es el presente que nos traen los recién llegados.

Me hizo feliz saber que el papa Francisco incluyó, entre sus

recomendaciones para la educación, la invocación de los ancestros. Le dijo a la inmensa juventud que lo escucha que es necesario rescatar los vínculos con la ancestralidad. Eso, que no es muy típico del discurso de un papa, me pareció maravilloso, ya que la idea se abandonó en el siglo xx como si fuese un atributo de culturas antiguas y "primitivas". Que el papa diga que ese es un valor esencial para enfrentar las crisis que estamos viviendo me dio mucha alegría, pues eso contribuye a disolver las fronteras culturales y raciales y a que podamos hablar de una manera más respetuosa acerca de la diversidad cultural y la pluralidad de la vida. Esas ideas deberían orientar todo el repertorio de quienes trabajan en la educación.

Por desgracia, la política educativa en Brasil piensa que la escuela es un edificio, y por eso desvaloriza tanto el trabajo de los educadores. Llenan el salón de niños y niñas y después trancan la puerta: listo, ya están en la escuela. Ese puede ser incluso un lugar de renuncia de la familia a la educación de sus hijas y sus hijos. Muchos son privados a tal extremo de la orientación que puede brindarles su núcleo colectivo familiar que, en un momento dado, ya no logran conversar con sus madres y sus padres. El sistema educativo los secuestra y deja de haber un lenguaje común entre padres e hijos.

En Brasil hay un programa que se implementó desde fines de la década de 1990 pero se consolidó principalmente en los últimos veinte años, que es el Plan Nacional de Educación Escolar Indígena. Se trata de una educación diferenciada, que se aplica en los territorios indígenas de todo Brasil, en la que cada comunidad tiene la posibilidad de moldear el equipamiento escolar de la forma que decida. Hace ya un tiempo visité escuelas debajo de un árbol en las aldeas y me pareció muy bueno. Las personas se sentían a gusto en esa experiencia y no querían un edificio. Mucho después, esos mismos niños y niñas decidieron que sería bueno tener un salón de clase, pero saben que la experiencia pedagógica puede realizarse a orillas del arroyo, sobre una laja de piedra, en cualquier lugar. Porque se trata de un grupo de personas cuyo propósito es realizar una investigación colectiva. Hasta la alfabetización puede prescindir del salón de clase. La escuela no es un edificio, es una experiencia de intercambio generacional que debe ser enriquecida y valorada, una experiencia en

la cual las personas que pasaron por distintas cosas comparten contenidos que pueden ayudar a los niños y las niñas a prepararse para la vida adulta.

Algunas escuelas indígenas, aun con muchas dificultades para alcanzar este objetivo de reconfigurar el aparato escolar, intentan acercarse lo más posible a esto que estoy argumentando, buscan preparar a cada niño o niña en el contexto de su comunidad para que puedan actuar allí. Esas escuelas no son plataformas de lanzamiento, sino lugares donde los niños y las niñas pueden estar. Nosotros, que persistimos en la experiencia colectiva, no educamos a las niñas y los niños para que sean campeones en algo, sino para que sean compañeros, para que se acompañen unos a otros. No ambicionamos que lleguen a ser jefes. Nosotros no entrenamos jefes. La base de la educación se hace en fricción con lo cotidiano. El eventual liderazgo de un niño o una niña resultará de la experiencia diaria de colaboración con los otros, no de la competencia.

Ese niño que fui nunca deja de estar cerca, para conversar, para distraerse, para compartir alguna novedad. Él pasa el cesto de pesca en la orilla del río, sabiendo que allí puede haber una serpiente, pero no deja de hacerlo: eso es coraje. La fricción con la vida ofrece un campo de subjetividad que prepara a la persona para cualquier tarea. En vez de formatear a alguien para que sea algo, deberíamos pensar la posibilidad de ofrecer experiencias que formen personas capaces de realizar todo lo que sea necesario en la vida: sin miedo a que haya una serpiente dentro del agua o de recibir una patada. Porque todo eso está integrado, son experiencias fundamentales para percibirse como sujeto colectivo, para aprender que no estamos solos en el mundo.

Los niños y las niñas Krenak anhelan ser antiguos. Eso es porque, en las humanidades donde los niños todavía tienen libertad y autonomía para anhelar mundos, ellos valoran mucho a los viejos. Las personas antiguas tienen la habilitación de quien ya ha pasado por varias etapas de la experiencia de vivir. Son los contadores de historias, los que enseñan las medicinas, el arte, los fundamentos de todo lo que es relevante para tener una buena vida. Es lo que los quechuas llaman *sumak kawsay* y se tradujo al castellano como *bienvivir* o *bem viver* en portugués. Creo que nuestros niños y niñas saben que esa experiencia

puede brindarles seguridad mental subjetiva, y por eso no ven la vejez como una amenaza sino como un lugar anhelado, un lugar de conocimiento que cuestiona la hipótesis de formatear personas para otro mundo y no para el lugar donde cada uno de nosotros experimenta lo cotidiano.

Las niñas y los niños indígenas no son educados, sino orientados. No aprenden a ser vencedores, porque para que unos venzan otros tienen que perder. Aprenden a compartir el lugar donde viven y lo que tienen para comer. Tienen como ejemplo una vida en la cual el individuo cuenta menos que lo colectivo. Ese es el misterio indígena, un legado que pasa de generación en generación. Lo que nuestros niños y niñas aprenden desde muy temprano es a poner el corazón al ritmo de la tierra.

BREVE GLOSARIO

igarapé: [del tupí-guaraní *igara*, canoa excavada en el tronco de un árbol, y *pé*, camino] Son cursos de agua estrechos y de poca profundidad, característicos de la Cuenca Amazónica, que generalmente discurren en el interior de la selva. Su nombre significa, literalmente, "camino de canoa".

Belo Monte: Central hidroeléctrica que se está construyendo en el río Xingú, en el estado de Pará. Al proyecto se oponen el jefe Raoni Metuktire —cacique del pueblo Kayapó y emblema internacional de la lucha por la preservación de la selva amazónica y la cultura indígena — y numerosas organizaciones ambientalistas y de derechos humanos, pues anegaría una extensa área de tierra, desecaría partes del Xingú, destruiría la selva y reduciría las reservas de peces imprescindibles para la supervivencia de distintos pueblos de la zona, como los Kayapó, los Arara, los Juruna, los Araweté, los Xikrin, los Asurini y los Parakanã. También se dice que, para ser viable, la represa de Belo Monte necesitaría que hubiera más represas aguas arriba para garantizar un año de flujo circulante de agua, lo cual significaría la inundación de más selvas.

Tucuruí: Represa hidroeléctrica en el río Tocantins, inaugurada en 1984.

garimpo/garimpeiros: Los garimpeiros son buscadores ilegales de oro y piedras preciosas que desarrollan su actividad en los garimpos: sitios de explotación manual o mecanizada en parajes alejados. En la actualidad utilizan máquinas, por ejemplo motores hidráulicos, para obtener aluviones y mercurio para amalgamar el oro, lo cual produce

graves daños al medio ambiente y a los pueblos indígenas en el estado de Amazonas. Se llega a extraer una tonelada de tierra y sedimento removido para obtener cinco gramos de oro.

ribeirinhos/beiradeiros: Habitantes tradicionales de las márgenes de los ríos, que viven al ritmo de la naturaleza y practican la pesca artesanal. En 2007 el Gobierno Federal de Brasil reconoció como tradicionales a los pueblos que mantienen un modo de vida íntimamente ligado al medio ambiente, donde viven de recursos naturales.

Pauliceia: Otra manera de designar a la ciudad de São Paulo, capital del estado homónimo.

Cerrado: Vasta ecorregión de sabana tropical en Brasil. Abarca 1.916.900 km^2 (el 22% del territorio brasileño) e incluye el estado de Goiás, el Distrito Federal, la mayor parte de Mato Grosso, Mato Grosso do Sul y el estado de Tocantins, la parte occidental de los estados de Minas Gerais y Bahia, la parte sur de los estados de Maranhão y Piauí, y partes pequeñas de los estados de São Paulo y Paraná.

Mata Atlántica: La mata atlántica o bosque atlántico es un bioma presente en Brasil, Paraguay y Argentina. Según el especialista Warren Dean es uno de los biomas más amenazados del planeta, y aún alberga una enorme biodiversidad. Su superficie ha quedado reducida a fragmentos de territorio, en general discontinuos, a causa de la deforestación, principalmente a partir del siglo XXI.

Serra do Mar: Cadena montañosa de unos 1500 km, que se extiende a lo largo del litoral desde el este hacia el sur del país: desde el estado de Río de Janeiro hasta el norte del estado de Santa Catarina. Una parte de la Serra do Mar fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 1999.

encantados: Según algunos indígenas y caboclos refiere a los seres que, animados por fuerzas desconocidas, habitan el cielo, las selvas, las aguas o los lugares sagrados.

orixás: Los orixás son espíritus que desempeñan un papel fundamental en la religión yoruba de África Occidental y en varias religiones de la diáspora africana que derivan de ella, entre otras la santería en Cuba y la umbanda y el candomblé en Brasil.

João Paulo Barreto: También conocido como João Paulo Tukano, es un antropólogo y activista del pueblo Ye'pamahsã (Tukano). Fue el primer indígena en defender una tesis de doctorado en la UFAM (Universidad Federal del Amazonas). Nacido en la comunidad São Domingos, en el norte de Brasil, fue cofundador del Centro de Medicina Indígena de la Amazonía, creado en 2017 en Manaos para servir al pueblo indígena. El centro funciona como un hospital, pero en vez de usar métodos de tratamiento occidentales, los remedios y curas que ofrece provienen de tradiciones indígenas. "El objetivo de este espacio es formar una política diferenciada de salud a partir de nuestro conocimiento indígena y brindar una opción natural de tratamiento de salud contrapuesta a la dependencia química", afirmó João Paulo en más de una oportunidad.

Nêgo Bispo: Uno de los principales voceros del pensamiento de las comunidades tradicionales de Brasil. Morador del Quilombo do Saco-Curtume, en Piauí, es poeta, escritor, profesor, activista político y militante del movimiento social quilombola y de derecho al uso de la tierra. Sigue siendo uno de los principales críticos del modo en que son tratados los pueblos indígenas y los afrodiaspóricos en Brasil: "Siempre fuimos cosificados. Los indígenas fueron vistos históricamente como salvajes y los afro como integrantes de organizaciones criminales".

quilombo/quilombola: Quilombola refiere a los esclavizados africanos refugiados en los quilombos, a los descendientes de una comunidad formada en los quilombos, o a los descendientes de las comunidades formadas en los quilombos que, por medio de la tradición oral y la memoria colectiva, mantuvieron vivo el patrimonio cultural de matriz africana. Un quilombo (del quimbundo *kilombo*: campamento, lugar de reunión) era el lugar donde se refugiaban los esclavizados que huían

de quienes los explotaban y también los emancipados. En Brasil los quilombos contemporáneos se cuentan por miles y sus habitantes, los quilombolas, fueron reconocidos por la Constitución en los años ochenta. Desde entonces existe un proceso de restitución de las tierras despojadas e históricamente ocupadas por quilombos.

Os Involuntários da Pátria: Referencia irónica a los Voluntários da Pátria: unidades militares creadas en 1865 por el Imperio de Brasil (1822-1889) para luchar en la Guerra del Paraguay (1864-1870) y reforzar las fuerzas del Ejército Brasileño. Para el reclutamiento, al comienzo se apeló al patriotismo de los brasileños y a las recompensas que ofrecía el gobierno: dinero, lotes de tierra, asistencia a huérfanos y viudas. Con el correr del tiempo y la merma del entusiasmo popular, los poderosos hacendados y los profesionales comenzaron a mandar a sus subalternos y esclavizados a integrar las filas de los Voluntários da Patria, a las que también se sumaron indígenas de todo el país. También ocurrió que, para desalentar la práctica de enviar esclavizados a la guerra para eximir a amigos y familiares, Don Pedro les prometió la libertad a los esclavizados (incluidos los de las Fazendas Imperiales) que se presentaran como voluntarios.

Boa Vista: Capital y municipio más poblado del estado de Roraima, sobre la margen derecha del río Branco. Es la única capital brasileña situada totalmente al norte de la línea del Ecuador.

Volta Grande: La “Volta Grande” o “Gran Recodo” del río Xingu, en el estado amazónico de Pará, alberga un ecosistema único y es una región clave para la conservación de la biodiversidad del planeta. La irrupción de megaproyectos la ha convertido en escenario de conflictos, invasiones de tierras y violaciones de derechos humanos. En el área ya escasea el agua como consecuencia de la construcción de la hidroeléctrica Belo Monte, otro megraproyecto fuertemente contestado por los pueblos indígenas de la región.

Altamira: Municipio del estado de Pará, en el norte. Situado en plena selva amazónica, su vasto territorio es cortado de norte a sur por el río

Xingú.

Davi Kopenawa Yanomami: o Davi Kobenawä Yanomamö, es chamán y portavoz de los Yanomami. Logró relevancia internacional por su labor sobre la conservación de la selva amazónica. Desde que comenzó la invasión del territorio Yanomami por los buscadores de oro ilegales (garimpeiros) en 1987, Davi bregó por su remoción del área. Luego de una gran campaña internacional liderada por el propio Davi, Survival International y CCPY, el gobierno brasileño reconoció por fin los derechos territoriales de los Yanomami en 1992, justo antes de la Cumbre de la Tierra de la ONU. Pese a esto, en 2023 el pueblo Yanomami en Brasil vive una crisis humanitaria. Al menos 570 niños de esta comunidad murieron en los últimos cuatro años por desnutrición o malaria, entre otros problemas de salud. Los indígenas aseguran que más de 20 000 mineros ilegales volvieron a invadir su territorio desde 2019. Los cerca de 20 000 Yanomami que viven en territorio venezolano también enfrentan los mismos males, aunque a diferente escala. Denuncian que hay poca disponibilidad de alimento y las condiciones de atención en salud son deficientes.

Cipassé Xavante: Cacique Xavante de la aldea Wederã en el estado de Mato Grosso. Graduado en Gestión Ambiental y docente.

Instituto Butantan: Centro de investigación en las áreas de biología y biomedicina localizado en el distrito de Butantã, en la ciudad de São Paulo. Fundado en 1901, produce más del 80% del total de sueros y vacunas que se consumen en Brasil.

Largo do Paissandu: Esta mención refiere al incendio y desmoronamiento del edificio Wilton Paes de Almeida allí situado, un desastre y una desgracia de gran magnitud ocurrido en la madrugada del 1 de mayo de 2018 en la ciudad de São Paulo. En el edificio de 24 pisos, abandonado desde 2003, vivían numerosas familias y personas sin techo.

Núcleo bandeirante: Se llama bandeirantes a los aventureros que en

tiempos del imperio portugués, a partir del siglo XVI, incursionaban en los territorios interiores del continente americano partiendo de la Capitanía de São Vicente (después São Paulo), sobre todo de ciudades situadas en el estado de São Paulo, por lo que luego este pasó a ser conocido como "el estado bandeirante". El nombre bandeirante proviene de la palabra bandeira, ya que se agrupaban usando banderas para distinguirse. En sentido figurado, luego se llamó bandeiras a estas bandas armadas.

Florestanía: Refiere a un tipo de meta-ciudadanía ecológica. Proviene de la combinación de *floresta* (selva) y ciudadanía, con origen en la unión de activistas ambientales, periodistas y políticos del estado de Acre, en la Amazonía brasileña. El propósito es implementar la ciudadanía de los pueblos de la selva, de los indígenas, de los seringuieros y de los ribeirinhos. La *floresta* (selva) y el humano viven un pacto socioecológico inclusivo, donde el humano se entiende como parte de la selva y esta se convierte en un nuevo ciudadano, respetado en su integridad, biodiversidad, estabilidad y exuberante belleza junto con los otros ciudadanos humanos. Ambos se benefician: el pueblo y la selva, porque se abandona la lógica antropocéntrica y utilitaria de la explotación y se asume la lógica ecocéntrica de la mutualidad que implica respeto mutuo y sinergia. Esta comprensión abre espacio a un posible enriquecimiento del concepto de ciudadanía desde una reflexión ecológica más avanzada. Ahora se habla de la *floresta* (selva) no solo como ciudadanía *en la* floresta (selva) sino como ciudadanía *de la* floresta (selva). Por lo tanto, la floresta (selva) es considerada un nuevo ciudadano. El entendimiento que subyace a esta declaración, que ha entrado en las Constituciones de Ecuador y Bolivia, reside en el hecho de que la naturaleza y la Tierra son condiciones necesarias para la vida. Esta solo existe porque está sustentada por factores físico-químicos y ecológicos terrestres, sin los cuales no habría vida. Además, la naturaleza y la tierra tienen valor en sí mismas, independientemente de la existencia humana, que irrumpió casi al final del proceso cosmogénico. Si tienen valor en sí mismas, Tierra y naturaleza deben ser respetadas. El humano debe comprenderse como parte de la naturaleza y de la propia Tierra, puesto que forma con ellas una

entidad grande y única. Desde este punto de vista, que sostienen cada vez más la biología y la cosmología modernas, la floresta (selva) como floresta (selva), la naturaleza y la Tierra son vistas como sujetos y como ciudadanos y como tales, titulares de derechos. Esto quedó más claro cuando la ONU, el 22 de abril de 2009, decidió llamar Madre Tierra a la Tierra.

Chico Mendes: Francisco Alves Mendes Filho, más conocido como Chico Mendes, fue un recolector de caucho, sindicalista y activista ambiental brasileño. Luchó de manera pacífica contra la extracción de madera y la expansión de los pastizales sobre la Amazonía hasta que fue asesinado por latifundistas. Comenzó a trabajar a los nueve años y hasta los catorce no aprendió a leer. Era un luchador nato y desde joven desarrolló una infatigable labor en defensa de los seringueiros. Participó en la creación de la Central Única de Trabajadores y del Partido de los Trabajadores. Su oposición a la deforestación que afectaba a Acre y su defensa de los pueblos de la floresta (indígenas, seringueiros y ribeirinhos, entre otros), le dio una gran proyección internacional. De seringueiro se transformó en sindicalista y de sindicalista en ecologista. Chico Mendes fundó un sindicato de recolectores de caucho y conductores de camiones en un intento por preservar sus trabajos y la selva tropical al mismo tiempo.

Seringueiros: Trabajadores que extraen el látex de los árboles de caucho en la región amazónica de América del Sur, principalmente en Brasil, pero también en Perú, Bolivia y Colombia. La extracción del látex es una labor difícil ya que los seringueiros trabajan en condiciones extremas, enfrentando las inclemencias del clima, la falta de infraestructura y los peligros de la selva. Hsido históricamente sujetos a la explotación y la marginación, y muchos de ellos han luchado por sus derechos y por la protección de la selva amazónica.

Jarbas Gonçalves Passarinho: Militar y político brasileño. Gobernador del estado de Pará, ministro de Trabajo, de Eduación y de Justicia, además de presidente del Senado Federal. Fue uno de los firmantes del AI5 en 1968: el instrumento que faltaba para que la dictadura,

concentrada en la figura del presidente, limitara los derechos políticos e interviniera en los municipios y estados. Su primera medida fue el cierre del Congreso Nacional.

União: Es la persona jurídica de Derecho Público que representa a la esfera federal en el ámbito interno y de la República Federativa de Brasil en el ámbito externo. El artículo 18 de la Constitución Federal la define así: La organización político-administrativa de la República Federativa de Brasil comprende la União, los Estados, el Distrito Federal y los Municipios, todos ellos autónomos, en los términos de esta Constitución.

CPF: Catastro de Persona Física, a través del cual se asigna un número de identificación fiscal a cada ciudadano.

Aliança dos Povos da Floresta: [Alianza de los Pueblos de la Selva] Creada en 1980, nació de la unión de líderes indígenas y seringueiros en la Amazonía para contrarrestar las demarcaciones de territorios indígenas y la creación de reservas extractivistas. Ailton Krenak fue uno de los fundadores del movimiento, que encontró su máxima expresión en la figura de Chico Mendes, asesinado en 1988.

Alberto Acosta: Economista y político ecuatoriano, defensor de las ideas marxistas, la antiglobalización y el movimiento antiminero. Fue uno de los redactores del plan de gobierno de Alianza PAIS (actual MOVER, Movimiento Verde Ético Revolucionario y Democrático) que, entre otras propuestas, busca instaurar gradualmente el socialismo en Ecuador.

Elisa Loncon: Elisa del Carmen Loncon Antileo es una académica mapuche, lingüista, activista por los pueblos indígenas y política nacida en la Comunidad Lefweluan, Chile. Impulsó el proyecto de Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Originarios, presentado en julio de 2014 por un grupo de nueve diputados, entre ellos el actual presidente de Chile Gabriel Boric.

ACERCA DE ESTE LIBRO

Textos elaborados por Rita Carelli a partir de:

POLÍTICAS CÓSMICAS — Diálogo de apertura del *Festival Seres Rios*, con Ailton Krenak y Marisol de la Cadena y mediación de Ana Gomes, agosto de 2021;

OS RIOS E AS CIDADES — Clase-espectáculo con Ailton Krenak, durante la segunda edición de *Amazônia das Palavras*, noviembre de 2021;

CARTOGRAFIAS PARA ADIAR O FIM DO MUNDO — Mesa virtual de la FLIP, con Ailton Krenak y Muniz Sodré y mediación de Vagner Amaro, diciembre de 2021;

ESPAÇOS PARA RESPIRAR — XV Seminário Internacional da Escola da Cidade, con Ailton Krenak y Wellington Cançado y mediación de Francisco Fanucci, agosto de 2020;

UOL ENTREVISTA: AILTON KRENAK, LIDERANÇA INDÍGENA — Ailton Krenak entrevistado por Fabíola Cidral, Leonardo Sakamoto y Maria Carolina Trevisan, noviembre de 2021;

A VIDA NÃO É ÚTIL — Live de tv Canal 26 y Canal hd 526 de net-Rio, con Ailton Krenak y la entrevistadora Rosangela Coelho, agosto de 2020;

O TEMPO E A IMPORTÂNCIA DOS SABERES ANCESTRAIS — Charla de Ailton Krenak en el Segundo Congresso liv Virtual, octubre de 2020.

UNA ORALITURA DEL ENCUENTRO

Por Rita Carelli[1]

Creo que llegó el momento de mirar de cerca el proceso de elaboración de los libros de Ailton Krenak —en especial La vida no es *ú*til y este volumen más reciente, que hoy tenemos entre manos, *Futuro ancestral* — dado que las palabras de Ailton han encontrado un terreno tan fértil en este mundo mayoritariamente regido por un pensamiento productivista, en franco colapso. Nuestra intención, al arrojar algo de luz sobre ese otro hacer literario, es contribuir, en cierta medida, a la desjerarquización de las formas de la producción de conocimiento, de la hipervalorización del pensamiento académico en detrimento de otras epistemologías —tan ansiadas y cada vez más necesarias. Aquí también presentamos a los lectores palabras fijadas sobre el papel, pero son palabras atrapadas en pleno vuelo, palabras que trazan otros dibujos antes de posarse sobre las páginas.

La literatura de Ailton nace, sobre todo, de la palabra hablada, pero va más allá. Surge de una práctica del encuentro. Quien ya lo escuchó en vivo lo sabe: sus intervenciones son porosas, vivas, se alimentan de sus interlocutores, del ambiente donde se las pronuncia, del entorno. Se trata de un pensamiento que se elabora, también, a través del cuerpo. Ailton nunca prepara un discurso: él se prepara para el discurso. Cuando Ailton escucha una pregunta, junta las rodillas, apoya las manos sobre los muslos y cierra los ojos un instante. Su cuerpo se concentra y su mente se expande. ¿Quién pregunta? ¿Qué pregunta? ¿En qué punto del planeta estamos? ¿Cuáles acontecimientos políticos, recientes o antiguos, generaron el contexto donde nos encontramos? ¿Estamos entre cuatro paredes o hay viento, horizonte, otras presencias que comparten con nosotros este presente?

Y así, certero, llevando consigo aquello que fue y es —y quizás lo que será—, Ailton tensa su arco para lanzar sus flechas. Sus apariciones, casi siempre, contienen buenas dosis de ironía, algunas notas de acidez, shocks de realidad y cantidades prodigiosas de lucidez, paciencia y generosidad.

Mi trabajo en esta asociación que compartimos ha sido observar las intervenciones públicas de Ailton, ya sean estas virtuales o presenciales, y seguir el hilo de las ideas; seleccionar, relacionar tramos y fragmentos, reconocer las imágenes recurrentes y ver cómo evolucionan, reagruparlas en familias, ponerlas en fricción, acompañar su maduración y su renovación a lo largo de los años —y de las décadas— para luego, con esa sofisticada materia orgánica, tejer los textos y componer los volúmenes que se presentan al público. Y, además, proponer la secuencia, los títulos, los epígrafes y todo lo que sea necesario y bienvenido para que las hojas se acomoden. Se trata de recoger con las manos algo de esa agua que fluye y que es el pensamiento vivo de Ailton para darla de beber a los lectores, tomando los máximos cuidados para mantener su frescura, sin la inoportuna domesticación del lenguaje tantas veces impuesta por la palabra escrita y la producción de libros.

La lengua, en la boca de Ailton, se rebela. El portugués, idioma impuesto por el colonizador y aquí vertido al español, es el terreno de floración de sus ideas, pero no deja de ser, también, el idioma del borramiento. De la erradicación y los malos tratos propinados a tantas lenguas indígenas y sus hablantes —inclusive los Krenak— que cubrían y cubren este pedazo de tierra que algunos llamaron Brasil. Es sabido que las violencias epistemológicas tienen especial predilección por el campo del lenguaje. Pero Ailton no rehúye la lucha: conjuga sujetos, devuelve subjetividad a los ríos y a las montañas, siembra palabras nuevas, pone del revés las palabras viejas, y además toma prestadas las palabras de otros parientes indígenas y sus saberes. Porque a esa lengua, para que quepan en ella otras formas de contar el mundo, a veces hay que torcerla. Y parte de la misión que me he atribuido es defender esa inconformidad lexical —que tan bien conocen los poetas. Debemos dejar que las ambigüedades, los desajustes intencionales y la originalidad propuesta del habla del autor

atraviesen las páginas impresas. (Y aquí lanzo a las traductoras y los traductores el desafío de seguirnos). Creo que ese es, inclusive, uno de los motivos del éxito de los libros de Ailton: quien los lee encuentra, más allá de la potencia de sus ideas, un texto que se permite inusitado, poético, malcriado, provocativo, culto y coloquial a su manera. La idea es acercar a los lectores, lo más posible, a la *experiencia ailtiana*.

En esta tarea tengo como aliado al tiempo, la proximidad con Ailton durante un buen trecho de su caminata, la familiaridad con su voz que procuro preservar en el papel. A eso se une mi propio oficio de escritora y, además, el reconocimiento de la filiación de su pensamiento. Porque las intervenciones de Ailton están vinculadas, de forma indisociable, a toda la tradición del pensamiento amerindio —como él mismo afirma cuando alude a sus pares: "andamos en constelación". Esos numerosos y diversos pueblos comparten el entendimiento de que en el centro de la vida están la abundancia, la celebración, lo común, la conservación del equilibrio entre la vida espiritual y la vida material, con relaciones no mediadas por el dinero ni capturadas por la idea abstracta de la propiedad privada. Ailton es hijo y nieto de los que vinieron antes, sus ancestros, para quienes la tierra no nos pertenece: somos nosotros los que le pertenecemos a la tierra.

Incluso sin ser indígena, tengo la fortuna de haber convivido y de convivir de cerca con indígenas de varios pueblos desde mi nacimiento, urbanos y residentes en aldeas. Circulé —y continúo circulando— por diversos territorios, materiales y simbólicos, donde los conceptos que evoca Ailton se vivencian en la propia piel. Entonces, escucharlo no me desorienta; al contrario, es un lugar al que retorno con alegría, restaura en mí un orden de mundo más sano y dotado de sentido. Se trata también de un encuentro, el nuestro, que se prolonga en el tiempo y en el espacio. Con igual alegría, y con las manos llenas de tierra, he visto brotar las palabras de Ailton en los cinco continentes. Además de haberse convertido en el representante de un cierto modo de percibir nuestro lugar en el planeta, de repensar la centralidad de la humanidad y hasta su concepto unificador, Ailton dialoga, cita y evoca a pensadores, cuentistas, poetas, músicos y personalidades de las más diversas tradiciones con el dominio y la

fluidez propios del gran intelectual y ávido lector que es.

Para mí ha sido un honor acompañar este viaje, gozar de ese espacio de confianza que nos permitió dar forma a esos libros-libres que se esparcen en pleno vuelo que, por ser parte de un movimiento mayor, han colaborado a reforestar imaginarios en este planeta, donde la idea de monocultivo se propagó como una plaga en los últimos siglos. Este volumen, *Futuro ancestral*, es la nueva semilla que lanzamos en ese terreno, creyendo como creemos que una idea, cuando encuentra su tiempo, solo puede florecer.

1 Posfacio a la edición de Polity Press.

SOBRE EL AUTOR

Ailton Krenak nació en 1953 en la región del valle del río Doce, territorio del pueblo Krenak, un lugar cuya ecología se encuentra profundamente afectada por el extractivismo de minerales. Activista del movimiento socioambiental y de defensa de los derechos indígenas, organizó la *Aliança dos Povos da Floresta* (Alianza de los Pueblos de la Selva), que reúne comunidades ribeirinhas e indígenas de la Amazonía. Es uno de los líderes más destacados del movimiento surgido durante el gran despertar de los pueblos indígenas en Brasil, a partir de la década de 1970. Contribuyó también a la creación de la *União das Nações Indígenas* (UNI, Unión de las Naciones Indígenas). Como periodista, y también a través de programas de vídeo y televisivos, Ailton ha llevado a cabo un vasto trabajo educativo y ambientalista. Su lucha en las décadas de 1970 y 1980 fue determinante para la conquista del "Capítulo dos Índios" en la Constitución de 1988, que garantizó, al menos en los papeles, los derechos indígenas a la cultura autóctona y a la tierra. Es coautor de la propuesta de la UNESCO que creó la Reserva da Biosfera da Serra do Espinhaço en 2005 y es miembro de su comité gestor. Es comendador de la Ordem do Mérito Cultural de la Presidencia de la República, y en 2016 la Universidad Federal de Juiz de Fora, Minas Gerais, le otorgó el título de Doctor Honoris Causa. También es autor de *Ideias para adiar o fim do mundo* (2019) y *A vida não é útil* (2020), ambos publicados en Brasil por la Companhia das Letras.

La idea de futuro a veces nos asusta con escenarios apocalípticos. En otras ocasiones, se ofrece como una oportunidad de redención, como si fuera posible resolver, más adelante y por arte de magia, todos los problemas del presente. En todo caso, las ilusiones nos alejan de lo que está a nuestro alrededor. En esta nueva colección de textos, Ailton Krenak nos provoca con la radicalidad de su pensamiento insurgente, que desplaza al sentido común e invoca la maravilla. Dice Krenak: "Los ríos, esos seres que siempre habitaron los mundos en diferentes formas, son quienes me sugieren que, si hay un futuro a pensar, ese futuro es ancestral, porque ya estaba aquí".

Investigación y organización: Rita Carelli

AILTON KRENAK

Es un filósofo originario: desentraña del pensamiento indígena una forma que los occidentales se habituaron a reconocer como “filosofía” y la confronta —a medida que también la acer ca— con los modos especulativos europeos y otras cosmovisiones tradicionales. Dice Krenak, en este libro, que el futuro es ancestral. Y esto de inmediato evoca a Heráclito, para quien “origen” es destino.

Pero Krenak va más allá y se refiere de manera implícita y concreta a la ancestralidad como la tierra misma, pensamiento que se asemeja a las perspectivas de matriz africana. Es decir: eso que siempre estuvo ahí, como lo más cercano a nosotros en el pasado, que está ahora y estará después, como eterna presencia del ser.

La lectura de los textos aquí reunidos es la experiencia de romper el espacio que nos rodea en busca de algo que todavía no se conoce, pero se presenta.

Es un viaje guiado por el trance de la pasión por el descubrimiento. El Watu y los otros ríos de los que habla Krenak, junto con sus seres, son entidades vivas, lo bastante astutas para sumergirse en la tierra en busca de mantos freáticos y escapar del *bullying* de las planchas de cemento que intentan aprisionar su fluir, o incluso sobrevivir al ecocidio tóxico de los detritos. Pero el río también es tierra, y es árbol, está en nosotros por dentro y por fuera, en los ciclos infinitos de las metamorfosis vitales del planeta. En el Fedón, de Platón, Sócrates enseña que la filosofía es música. En la modernidad, fue equiparada con la poesía. Afines al cuidado del mundo, las palabras de Ailton Krenak suenan musicalmente poéticas, antes de que el lector inicie su viaje por una deslumbrante filosofía de la tierra.

Muniz Sodré

Krenak, Ailton
Futuro ancestral /
Ailton Krenak. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Taurus
2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital:
descarga y online
ISBN
978-987-737-120-8

1. Crónicas brasileras.
I. Arijón, Teresa, trad. II.
Título.
CDD 070.44

Título original: Futuro ancestral

© 2022 Ailton Krenak
Published in Brazil by Companhia das Letras, São Paulo International Rights Management: Susanna Lea Associates

© Teresa Arijón, por la traducción

Diseño de tapa: adaptación de la tapa original de Alceu Chiesorin Nunes / Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-737-120-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Futuro ancestral
Saludo a los ríos
Cartografías para después del fin
Ciudades, pandemias y otras jerigonzas
Alianzas afectivas
El corazón al ritmo de la tierra
Breve glosario
Acerca de este libro
Una oralitura del encuentro, por Rita Carelli
Sobre el autor
Sobre este libro
Aiton Krenak, por Muniz Sodré
Créditos